La ruta de Marte

LARRY WINTERS.



Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

JOSÉ LUIS

LA RUTA DE MARTE

Larry Winters

LA RUTA DE MARTE

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

George M. Murdock, piloto veterano de la guerra mundial y actualmente presidente de la «Murdock Mail Line».

James Tiddim, mecánico de Murdock y su más fiel colaborador.

Lester Doc, piloto del bimotor «Vega Ventura» desaparecido sobre la jungla amazónica.

Willy Rochester, mecánico del avión desaparecido.

Francisco Moreira, comisario de Asuntos indígenas del gobierno brasileño.

Mario Alves, teniente de las Fuerzas Aéreas brasileñas y jefe de vuelos del campo provisional de Tapac.

Thomas Mortimer, minero australiano, esclavo en los yacimientos radioactivos del planeta Tarjas.

Hombres de Kronabak, Minos, Noidim, Syrtis, Thile, Celena, Taygeta, prisioneros de los marcianos y confinados en el planeta Tarjas como trabajadores



CAPITULO PRIMERO

EL AVION DESAPARECIDO

A ochocientos metros de altura, proyectando su sombra negra sobre la impenetrable masa de verdor que tapizaba el suelo, un bimotor «Vega Ventura» hendía la pesadez de la atmósfera y desafiaba los rayos del sol que arrancaban reflejos cegadores a las planchas metálicas del fuselaje y los planos y semejaban taladrar la cabina con sus dardos ardientes dando la sensación de que iban a abrasarla. El aparato llevaba rumbo sur y desde varias horas antes comenzó la monótona sucesión de árboles, trazos brillantes de ríos y corrientes de agua y espesuras y frondosa selva, una selva que se perdía en el lejano horizonte dando la sensación de que no tenía fin.

—Hermoso país el Brasil, jefe —murmuró uno de los dos tripulantes—. Esto es peor que Birmania y me temo que va a ser difícil encontrar a Doc y a Willy.

—Cállate, Jimmy —conminó el otro—. No me pongas nervioso antes de comenzar la búsqueda.

—Ten en cuenta que he dicho «difícil» y no «imposible».

Cesó la breve conversación y mientras el piloto se afanaba con los mandos pugnando por mantener el rumbo entre los baches de aire y las repentinas ascendencias que alteraban el equilibrio, Jimmy se embebió en la contemplación de la espesura que corría velozmente hacia atrás para ser sustituida al momento

por nuevas masas tan intrincadas como sus predecesoras.

— ¡Maldita selva! —se le oyó murmurar.

Los dos hombres ofrecían un recio contraste, patente en sus aspectos y vestimentas. El piloto, George M. Murdock, era alto, espigado, de tez tostada por el sol, ojos pardos, labios finos, barbilla enérgica y cabellos negros blanqueados en las sienes por unas incipientes canas. Sus pantalones de dril estaban excesivamente arrugados y por las mangas subidas de su camisa blanca asomaban unos brazos de tensa piel terminados en dos manos de largos y nerviosos dedos que se agarrotaban sobre los mandos. James Tiddim, Jimmy para todos, era un palmo más bajo que su compañero, rechoncho, de facciones rudas que no bastaban para disimular la arrolladora simpatía que emanaba de su aspecto, con una nariz respingona que semejaba crecer entre las carnosas y coloradas mejillas y unos labios gruesos entre los cuales asomaban los dientes manchados de nicotina.

Su cuerpo semejaba flotar en el ampuloso mono manchado de grasa y ceñido a la cintura por una tira de cuero curiosamente adornada y que constituía para Jimmy el mayor de los trofeos y el mejor de los recuerdos. Once discos de metal ostentando en el centro el punto rojo que fuera la insignia de los japoneses en la pasada contienda, daban fe de los aparatos derribados durante la campaña del Pacífico y la India. Tres cuadrados del mismo material pero con la cruz gamada esmaltada a fuego, denotaban también que Jimmy tuvo ocasión de luchar en Europa antes de entendérselas con los amarillos.

A semejanza de su jefe llevaba subidas las mangas del mono dejando ver unos brazos nervudos y cubiertos de vello, rematados por dos puños poderosos instrumentos de la hercúlea fuerza de Jimmy, que se jactaba de atreverse a detener un búfalo en plena carrera sin que jamás, no sabemos si afortunada o desgraciadamente, se le hubiese presentado todavía la ocasión.

—Verifica nuestra posición, Jimmy —pidió Murdock—. Comprueba lo que nos falta para alcanzar ese condenado aeródromo.

Gruñó por lo bajo con la respuesta calmosa de Jimmy y dos horas más tarde, cuando el bochorno semejaba estar en su punto álgido, el bimotor, describía un amplio círculo para enfilar la reducida pista, que allá abajo se marcaba como un trazo blanquecino insignificante entre la masa de la selva. Una neblina acuosa se alzaba hacia lo alto obstaculizando la visión y dando la semejanza de una enorme caldera en ebullición a los muros de

vegetación que rodeaban el claro, a la misma pista y a las dos o tres cabañas que se divisaban desde la altura.

Llevado por la mano firme de su piloto, el avión descendió rápido mediante un resbalamiento de ala, rascó con sus ruedas extendidas la polvorienta superficie del campo y con un feroz rechinar de frenos y las últimas convulsiones de los motores vino a detenerse casi en el límite de la zona de aterrizaje, frente a la lujuriosa selva que la limitaba. Allí giró sobre la rueda de cola, levantó un revuelo de polvo con la nueva arrancada y llevado del impulso se inmovilizó definitivamente ante el amplio sombraje que hacía las veces de hangar proporcionando una protección contra el calor. Las hélices cesaron en su volteo, se inmovilizaron las aspas brillantes y George Murdock, asomado a la portezuela primero y saltando a tierra después, se enfrentó con el calor y con el silencio, si es que podía llamarse silencio al continuo rugir de la selva. Mas, pese a ello, la sensación que el aire húmedo y pegajoso enviaba al rostro del recién llegado era de quietud, de presagio incierto que hacía esperar algo terrible.

—Date prisa, Jimmy —llamó desde el borde de la portezuela—, y alcánzame el sombrero antes de que este calor me derrita los sesos.

Tiddim saltó a tierra con una ligereza impropia de su corpulencia y exhalando el humo del milésimo pitillo que consumiera durante la travesía. Entregó a su compañero un delicado «panamá» y se cubrió a su vez con la gorrilla de tela tan popular entre los pilotos norteamericanos de la segunda guerra mundial.

—Vaya un recibimiento —masculló- sospechando el escaso interés que la gente mostraba por acercarse al aparato—. ¿De modo que esto es Tapac?

Sólo ellos dos eran las únicas personas visibles sobre el terreno. Si había alguien más en aquel campo de aterrizaje perdido entre la espesura de la selva, debía estar bajo el resguardo de las cabañas, huyendo de aquel sol demoledor que arrancaba chirridos a las planchas metálicas del avión.

—Vamos allá, Jimmy. Estoy rabiando por beber algo.

—Y yo también, jefe —contestó el otro arrojando el cigarrillo.

Cruzaron el espacio abierto hasta las cabañas, pisando la crecida hierba que intentaba recuperar el terreno arrebatado a la selva por el trabajo del hombre, y se encaminaron hacia el edificio más grande sobre cuyo umbral pendía lacia la bandera

brasileña como único signo oficial de autoridad. El contraste de la luz con la sombra del porche hizo resaltar las gotas de sudor que perlaban sus rostros, y el soplo de un ventilador, abierta desde dentro la puerta, llegó hasta ellos al mismo tiempo que la figura de un hombre.

—Me llamo Murdock, George Murdock —inició el piloto—, y éste es James Tiddim, mi mecánico.

El otro les tendió la mano sonriendo con simpatía. Vestía un traje igualmente blanco que en su corte recordaba al uniforme militar, y los rasgos de su cara y el tinte oscuro de su piel le delataban al punto como un natural del país.

—Bienvenidos a Tapac —repuso en bastante buen inglés—. Soy Francisco Moreira, comisario del gobierno brasileño y dependiente de la autoridad de Manaos. Tomen asiento, por favor; en seguida les prepararé un «whisky».

—Se lo agradezco —dijo Murdock mirando en torno suyo con expresión de extrañeza y añadiendo—: ¿Está usted sólo aquí?

Moreira rio alegre mostrando una blanca y afilada dentadura y se acercó a la puerta contigua para dar una serie de órdenes en portugués.

—Tenga en cuenta —repuso tomando junto a sus visitantes— que Tapac es un campo provisional, una pista de socorros para casos de urgencia que, afortunada o desgraciadamente para nosotros, no se utiliza casi nunca y que por lo tanto no necesita de mucho personal. Yo soy, digámoslo así, el representante de la autoridad; el resto de la gente se descompone en dos mecánicos, un jefe de vuelos que nunca tiene nada que hacer y cuatro sirvientes indígenas.

—Me extrañó no ver acudir a nadie cuando aterrizamos —dijo Jimmy.

—En estos momentos estoy yo solo con mi criado, pero no tardará en llegar el resto de la gente. El ruido de sus motores les habrá estropeado la partida de caza que habían organizado. Hay pocas distracciones en Tapac y hemos de procurárnoslas para no sucumbir al aburrimiento y al calor.

Un indio amazónico entró entonces portando una bandeja de metal con tres vasos, una botella, un sifón y unos cubitos de hielo. El mismo se encargó de la dosificación del «whisky» bajo la atenta mirada de Tiddim que miraba la bebida como fascinado.

—Entonces —-dijo Murdock con impaciencia, girando su vaso

entre las manos—. ¿Con quién debo ponerme en contacto para aclarar el asunto que me interesa?

—Conmigo, señor Murdock. Conmigo, dado que su telegrama me reveló el interés que le mueve.

—Vayamos al asunto entonces —agregó George. —Tengo prisa por resolverlo.

—A su salud —dijo Moreira alzando su vaso.

—A la suya —correspondió Jimmy sorbiendo la mitad de un solo trago y chascando la lengua con delicia.

—No le esperaba tan pronto, señor Murdock —habló el comisario encendiendo el cigarrillo que le ofrecieran—, y casi me ha pillado sin completar el informe que pensaba ofrecer a la superioridad, pero espero poder subsanar verbalmente las deficiencias de lo escrito a fin de que usted se haga una idea. Pero bueno será que antes me explique los antecedentes del caso y así sabré tanto como usted.

Murdock ahogó un gesto de impaciencia ante la calma que predominaba en las palabras y ademanes del comisario, como fiel reflejo del ambiente caliginoso y tropical que les rodeaba.

—He perdido un avión —dijo escuetamente—. Un avión correo con dos hombres a bordo. He venido para encontrarlo o averiguar qué ha sido del aparato y sus tripulantes.

El accidente había pasado desapercibido entre las noticias de la prensa como uno más entre los muchos semejantes que a diario ocurrían en las líneas aéreas de todo el mundo. Sencilla y escueta, la información dio cuenta de que el 22 de junio de 1952 desapareció un avión correo de una compañía particular en vuelo desde Caracas a Asunción, dando por muertos a los dos hombres que lo tripulaban.

—Pero eso no es todo —continuaba Murdock, —sino que el caso tiene vital importancia para mí y para los hombres que trabajan conmigo. Presido la «Murdock Mail Line» y en unión de los míos trato de explotar la concesión otorgada por el gobierno venezolano para unir Caracas y Asunción mediante una línea postal. Nos costó mucho conseguirla y este negocio supone todo cuanto poseen en el mundo ocho pilotos y ocho mecánicos, dado que para comenzarlo necesitaron arriesgar sus ahorros, sus vidas y su trabajo para intentar crearse una posición más modesta que desahogada.

—Le comprendo, señor Murdock.

—Todos somos veteranos de la guerra, comisario, y todos nos

vimos más o menos en la misma situación al ser desmovilizados. Había que empezar de nuevo, convertirnos en ciudadanos pacíficos y buscar trabajo en asuntos para los que carecíamos de experiencia. A nosotros, jóvenes aún al ser llamados a filas, solamente nos enseñaron a pilotar aparatos, repasar motores, lanzar bombas, disparar ametralladoras, a matar y a destruir. Mal podían emplearse estas condiciones una vez llegada la paz que tanto ansiábamos, y de golpe y porrazo nos vimos enfrentados a los apuros económicos, a la miseria y a la angustia de una vida incierta.

Renegué muchas veces de la guerra preguntándome si fue por esto por lo que habíamos luchado, por lo que tantos hombres entregaron sus vidas, y me rebelé contra el destino que tan mal me trataba.

—Actitud muy natural en un luchador como usted. Prosiga su relato; me interesa, señor Murdock.

George le miró con enojo antes de proseguir, pero él mismo hubo de confesarse que hallaba cierta complacencia en rememorar el pasado aunque sólo fuese para convencerse de que logró triunfar a costa de su propio esfuerzo, y ello le animó a seguir hablando pasando por alto la expresión un tanto burlona que se reflejaba en los ojos del comisario.

—Abandoné los Estados Unidos después de algunos meses de vagar de un lado a otro y me enrolé como marinero en un barco con destino a La Guayra. Una vez en Venezuela me quedé en tierra, conseguí trabajo en los yacimientos petrolíferos del lago Maracaibo y me resigné durante algún tiempo a ser un peón insignificante, con buen sueldo y tarea agotadora, entre el cúmulo de gente rápidamente enriquecida que encontraba por todas partes. Pero llegó un día en que la suerte me ayudó; la Compañía necesitó con urgencia un piloto para realizar determinado trabajo y yo me ofrecí, les fui útil y me entregaron un avión. Mi cometido consistía en llevar muestras, resultados de análisis e informaciones confidenciales hasta las oficinas de la Compañía establecidas en el puerto mejicano de Tampico, y aquello constituyó para mí la base y el principio de una experiencia y el estímulo de unos ahorros que dos años más tarde me permitieron comprar un aparato para efectuar el mismo trabajo por cuenta propia. Luego, ayudado por unos cuantos compatriotas que se unieron a mí, no he conocido un minuto de reposo hasta alcanzar nuestra actual situación. Una compañía aérea de la cual somos nosotros los accionistas, consejeros y

empleados. Una concesión del gobierno venezolano, diez y seis hombres y cuatro aviones que han tardado casi seis años en poderse conseguir y que no están totalmente pagados todavía, y una serie de relaciones comerciales que nos auguraban un futuro libre de preocupaciones, hasta que llegó el momento de inaugurar la línea postal y el primer «Vega Ventura» de la «Murdock Mail Line» desapareció en vuelo sobre el Brasil.

—En ese caso…, —aventuró Moreira.

—Si algo ha fallado —se apresuró a explicar Jimmy Tiddim que hasta entonces estuviera sólo atento a escanciarse whisky y a rodearse con las nubes de humo de sus cigarrillos—, quiere decir que el gobierno de Venezuela nos retirará la concesión después del fracaso inaugural, ya que no podemos garantizarle una continuidad en el servicio, ni tampoco el número de aviones con que contamos es demasiado numeroso para llevarlo a cabo. Actualmente nos quedan en Caracas dos bimotores, hecha excepción del que nos ha servido para venir hasta Tapac.

—Quiero encontrar el avión perdido y salvar el correo —añadió Murdock.

—Y a sus dos hombres, supongo —rio forzadamente el comisario—. Espero no equivocarme al afirmarlo.

—Lester Doc y Willy Rochester, los dos tripulantes desaparecidos, son mis amigos, comisario, y me interesan tanto o más que el cargamento del bimotor —dijo secamente Murdock.

—Entonces, amigo mío —comento Moreira—, lamento tener que privarle en gran parte de sus esperanzas por hallarles después de escuchar su relato, pero no tengo más remedio que reconocerlo así. Está usted siguiendo el rastro del avión desaparecido…

—Comprenderá que no he abandonado las oficinas de Caracas ni dispuesto de otro aparato por mero capricho, comisario.

—Pues bien. Es cierto que su avión pasó sobre Tapac, que radió informes normales de vuelo, que siguió la ruta del sur y que emitió un segundo mensaje poco tiempo después. Pero también es cierto que no ocurrió lo mismo con el siguiente punto de control por donde debió cruzar más tarde y ello es de vital importancia para mis palabras. Acompáñeme, señor Murdock, y se convencerá.

Abandonaron los cómodos sillones de junco en donde estaban aposentados y siguieron al comisario hasta una habitación

contigua en donde estaba instalado su despacho oficial, presidido por una fotografía del Presidente Vargas. Había un moderno transmisor de radio, una serie de archivadores metálicos, una estantería repleta de libros y papeles y un ventilador funcionando sobre una mesa de recia madera.

—¿Conoce usted algo acerca de esta zona del Brasil, señor Murdock? —preguntó Moreira.

—Nada en absoluto, comisario.

—Vea entonces —dijo el brasileño llevándoselo hacia el mapa extendido sobre una de las paredes—. Esto es Tapac, setenta kilómetros al este de Manaos y treinta y dos al norte del río Amazonas. El campo provisional más próximo sobre el cual debía haber pasado su aparato es Cuyabá, sobre el río Tapajoz y a unos 1. 500 kilómetros de donde nos encontramos. Ahora bien; el avión desaparecido radió su informe normal sobre la vertical de Tapac, emitió de nuevo unos cincuenta minutos después… y no llegó a volar sobre Cuyabá ni se recibieron tampoco más mensajes de él. Ha desaparecido, es cierto, pero ha desaparecido sobre el «infierno verde», sobre la extensa zona que se extiende desde aquí hasta casi la frontera del Paraguay. Personalmente opino que no les encontraremos jamás y tengo poderosos motivos para afirmarlo así.

—Explíquese, comisario —pidió ansiosamente Murdock—. Necesito que ese correo llegue a su destino o de lo contrario nuestra compañía postal irá a la ruina. He obtenido una moratoria del gobierno antes de iniciar mi viaje, pero el plazo no es muy largo y si fracasamos lo habremos perdido todo antes de empezar.

—Yo no pensaba en el correo —repuso Moreira—, sino en los dos tripulantes. Si llegaron a lanzarse en paracaídas, pido a Dios que no llegaran vivos al suelo.

—Lester Doc y Willy Rochester lucharon en Birmania y en el Pacífico —dijo Jimmy—. Tienen experiencia de la selva porque en cierta ocasión fueron derribados cuando formaban parte de la dotación de un «B-36» y cayeron sobre Bougainville cuando aquel territorio era un hervidero de japoneses. Sin embargo, lograron salir con bien de su aventura y reincorporarse a su unidad cincuenta días, después.

—Aquello era muy distinto, señor Tiddim. Ni siquiera hoy en día, provistos de los medios más modernos, se puede luchar contra la selva amazónica que continúa siendo casi el mismo

territorio virgen que los españoles descubrieron. El nombre de «infierno verde» con que se conoce a esta zona, está plenamente justificado y hasta yo mismo, que me precio de conocer la jungla, experimento siempre el mismo temor cada vez que mi trabajo me obliga a penetrar en ella. Para llegar hasta aquí han volado ustedes sobre parte de esa zona y desde el aire sólo habrán podido divisar un mar revuelto de color verde, pero ni una porción de terreno despejado. Desde el suelo, el «infierno verde» se convierte en un túnel pestilente y malsano, de agobiante calor y traicioneras fiebres, poblado por mosquitos, reptiles y alimañas y lleno de escondites en donde moran otras fieras… humanas.

—No conseguirá asustarnos, comisario —dijo impaciente George Murdock.

—Escuche, señor Murdock —agregó impulsivo Moreira—. Voy a hacer cuanto esté en mi mano para ayudarles en la búsqueda y estoy pronto para solicitar la colaboración de la aviación militar brasileña, pero en el mejor de los casos sólo encontraríamos algunos fragmentos del avión y ni un solo resto de sus tripulantes. Desde hace algunos meses a esta parte se nota cierta agitación inexplicable entre las tribus salvajes del interior, agitación que ha producido viva inquietud en los medios oficiales. Calopalos, Anaqueas y Cayapos se remueven y agitan…

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro asunto, comisario? —preguntó Tiddim.

—No lo sé, pero me preocupa esa actitud de las tribus después de un periodo de tranquilidad. Es sabido que cualquier excitación o roce entre los salvajes se traduce en odios enconados y encarnizadas batallas que duran hasta el exterminio. Ningún hombre blanco que en esos momentos cruce la selva puede dar un solo centavo por su vida y en caso de ser capturado más le valdría estar muerto. Hasta mí sólo han llegado rumores de que algo extraño ocurre en la selva y…

—¿No se referirán esos rumores a mis hombres y al aparato perdido, comisario?

—No, señor Murdock. Lo que refiero data ya de un par de meses y todavía no se ha podido comprobar lo que realmente ocurre allá adentro. Hay terror, sobresalto, historias fantásticas, hombres desaparecidos… en fin, todo un cúmulo de trabajo en perspectiva que preocupa hondamente a los hombres que, como yo, estamos encargados de velar por la tranquilidad de la zona.

—Pero, no obstante, podemos contar con su ayuda para lo nuestro, ¿no es cierto?

—Desde luego que sí —repuso Moreira tornando a sonreír—, pero a su debido tiempo. Después de comer estudiaremos sobre el mapa las posiciones probables del avión desaparecido al cesar en sus mensajes radiados, y al amanecer de mañana iniciaremos la exploración de la selva. Ahora aguardemos el regreso de los hombres salidos de caza. Espero que los ruidos de su avión no les habrán impedido cobrar una buena pieza.

CAPITULO II

RAYOS PARALIZADORES

EL programa esbozado por Moreira se cumplió puntualmente y aunque Murdock permaneciera hasta entonces como ausente de todo pensando instintivamente en aquellos hechos misteriosos que removían la jungla amazónica, volvió a la realidad cuando en la mesa fueron presentados a los mecánicos Vieira y Camarao y al teniente Mario Alves, piloto de las fuerzas aéreas brasileñas y jefe de vuelos del campo provisional de Tapac. Alves era un joven de agradable aspecto, de edad semejante a la de Murdock y con muchos puntos de contacto con él, puesto también hizo la guerra en Italia y se consideraba igualmente un veterano.

Servidos por unos silenciosos indígenas de rostro impasible y feroz que hacía recordar a los «cazadores de cabezas» de las novelas, la comida transcurrió con animación y apetito por parte de los portugueses y aunque los dos norteamericanos no hicieron mucho honor a las viandas, ni su humor—especialmente Murdock— les impulsara a hablar, atendieron corteses a las preguntas curiosas de sus recientes conocidos y hasta Tiddim se lanzó a explicar el significado de su curioso cinturón, relatando cada una de las circunstancias que motivaron las consecución de aquellas insignias.

—Entonces era yo sargento mecánico —terminó —y mi amigo Murdock debía ser el as de los pilotos de caza que combatieron en el Pacífico Sur. Llegó hasta comandante y tiene dos valiosas condecoraciones.

—¡Cállate, Jimmy! —tronó molesto aquél—. En cuanto no tienes un cigarrillo o una copa de whisky entre los labios charlas demasiado.

Terminó la comida con ciertas alusiones jocosas a la cacería interrumpida por la llegada del bimotor, y la siesta vespertina, algo obligatorio en aquellas latitudes, se suprimió esta vez en atención a la impaciencia de Murdock que semejaba próximo a estallar. Mientras Jimmy y los dos mecánicos portugueses se dirigían hacia el aparato para repasar sus motores con vistas a la exploración aérea del día siguiente, el teniente Alves, Francisco Moreira y el propio Murdock se encerraron en el despacho del

comisario dispuestos a estudiar la situación.

—Vea usted —decía Alves pasando de prisa las hojas de un diario de vuelos—: «22 de junio del corriente año; llamada radio telegráfica del avión bimotor «Ventura» número M. M. L. 224570». Anotamos siempre todos los detalles —prosiguió—, ya que tratándose de un campo de urgencia pueden resultar beneficiosos en otras circunstancias… y porque de alguna forma hemos de llenar las páginas de estos libros que están casi todos en blanco —sonrió al terminar.

Leyó en voz baja la información reflejada en aquellas hojas que el moho y la humedad salpicaban de manchas amarillas y la resumió luego mientras aspiraba el humo de su cigarrillo.

—Su aparato envió un mensaje a Tapac dando cuenta de su altura, velocidad, posición y reserva de combustible. Desde aquí les confirmamos en la ruta y añadimos los partes meteorológicos que que nos envían cada dos horas desde Manaos. Buena visibilidad, cielo despejado y sin asomos de tormenta o viento huracanado. Unas magníficas condiciones para proseguir el vuelo.., y eso fue todo.

—Veamos ahora el segundo mensaje —pidió Murdock.

—Casi no podemos considerarlo como tal —repuso Alves— puesto que sólo dice —leyó—: «Se nota algo raro en los motores. Parece como si… » No hay más, señor Murdock. El mensaje se interrumpió súbitamente, como si la emisora se hubiese estropeado, y ya no nos fue posible establecer contacto con el avión. Pasado un tiempo que juzgamos prudencial previnimos por radio al puesto de Cuyabá dándole cuenta de lo sucedido, pero hasta la fecha no ha pasado sobre aquel campo ningún avión «Vega Ventura» ni tampoco han recibido mensaje alguno, ni dando noticias ni pidiendo auxilio.

—El segundo mensaje de mi avión, ¿cuándo se recibió?

—Unos cincuenta minutos después de cruzar sobre nuestra vertical. Creo que se lo dije antes, señor Murdock —repuso Moreira.

—Dígame ahora el rumbo y la velocidad señalada por mis hombres en su primera comunicación.

—Rumbo uno-uno-cuatro. Velocidad, trescientos kilómetros por hora —contestó Alves.

—Velocidad de crucero —aceptó Murdock tornando una hoja de papel y un lápiz y acercándose al mapa de la pared.

Efectuó un breve cálculo y se volvió hacia los dos hombres

para decirles:

—Esto sitúa la posición del aparato, en el momento de radiar su segundo mensaje, sobre el río Tapajoz, en línea recta hada el sur, a una distancia relativamente corta desde aquí. Creo que les encontraremos —agregó esperanzado.

—Mejor será así —repuso el comisario—, pero momentáneamente encuentro dos objeciones a su afirmación. Una, que bien pudieron desviarse de su ruta por cualquier motivo, buscando quizás un espacio abierto para aterrizar.

—La distancia no tiene notable aumento en este caso —contrapuso Murdock—. Esa objeción no me sirve, comisario.

—Y la segunda —continuó impertérrito Moreira, —es que han transcurrido nueve días desde su desaparición y que en ese tiempo sus dos hombres, con experiencia de la selva según usted mismo dijo, bien pudieron alcanzar el curso del Amazonas siguiendo la ruta del Tapajoz y llegar hasta cualquiera de las muchas factorías que hay establecidas junto a las corrientes de agua. Ya les tendríamos aquí o al menos habría un informe oficial de su regreso, encuentro o salvamento.

—No consigo vencer su pesimismo, comisario —suspiró Murdock desalentado.

—Porque usted no conoce esta zona, señor. Hace aproximadamente un año, cerca de Cuyabá precisamente, se encontraron los restos de un hombre, de un explorador inglés llamado Fawcet que se internó en el «infierno verde» en 1925. Durante un cuarto de siglo perduró la leyenda de su vida o de su muerte, pero ni siquiera él, más experimentado y práctico en una región que conocía palmo a palmo, consiguió hallar la salida y encontró el fin de su existencia a manos de los indígenas.

—Supongo que ese Fawcet no se pasaría veinticinco años buscando la salida, comisario —dijo burlón Murdock—, pues en caso afirmativo, ¡valiente explorador sería!

—Celebro ese rasgo de humor, señor Murdock —repuso Moreira—, y espero que esa actitud suya perdure cuando, comencemos la búsqueda de sus amigos.

* * *

¡Dejando atrás el anchuroso espejo del Amazonas, el bimotor hociqueó hacia la selva sobrepasándola en vuelo rasante y prosiguiendo una ruta que días antes conservara el aparato desaparecido. A bordo iban Murdock en los mandos y el teniente

Alves como piloto, llevando al comisario Moreira encargado de la emisora de radio. En Tapac había quedado Jimmy ante el receptor de la oficina para corresponder a sus mensajes, y la exploración aérea se inició con buenos auspicios en la mañana del 2 de julio de 1952, entre un rutilante amanecer que salpicaba a los árboles con colorinescos trazos y marcaba la iniciación de un día esplendoroso.

—A rumbo —murmuró George consultando losinstrumentos del salpicadero—. Ahora sólo falta dejar transcurrir cincuenta minutos de vuelo.

—Velocidad, trescientos cincuenta —confirmó Alves—. Teóricamente somos el mismo avión correo del 22 de junio, tratando de averiguar lo que le sucedió a aquél.

Moreira gruñó por lo bajo encasquetándose los auriculares y abriendo la emisora. Consideraba descabellado el plan de Murdock a quien, en última instancia, se le ocurrió relacionar los acontecimientos de la selva con la desaparición del avión correo. Fue la suya una pregunta inconsistente, una suposición a todas luces falta de base que se desechó prontamente.

—¿No podía ser factible que alguien estuviera interesado en derribar a ese avión? Quizás alguien que ha descubierto algo importante, un filón de oro, un yacimiento de esmeraldas, una veta de mineral radioactivo... Un hombre que no desee que sus descubrimientos pasen al dominio público, que quiere guardar el secreto a toda costa.

—Abandone esa idea, Murdock —se apresuró a contestar el comisario—. Cierto es que el Amazonas guarda en sus entrañas tesoros incalculables, pero no resulta tan fácil llegar hasta ellos sin que la presencia de extraños pase desapercibida a las autoridades o los indígenas. Desengáñese; nadie ha tenido interés en derribar su aparato siguiendo un plan premeditado.

Así hubo de reconocerlo Murdock aceptando las razones del brasileño. Y, sin embargo, aquella pregunta y su correspondiente respuesta encerraban una afirmación que el correr del tiempo presentaría ante sus ojos confirmándola como ciertaUna porción mínima de la verdad había nacido de aquella suposición; se acertó al conjeturar la presencia de «alguien» en la selva, pero todavía era pronto para llegar a conclusiones partiendo de una base tan débil e incierta.

Moreira estableció contacto con Tapac, cruzó con Jimmy la contraseña establecida y le ordenó pasar a la escucha en espera

de acontecimientos. Volaban a doscientos pies sobre las copas de los árboles. La selva se extendía majestuosa y espesa en todas direcciones y tan sólo algunos grupos de pájaros, asustados por el ruido de los motores, les acompañaban en su vuelo sobre aquel mar insondable que ni tan siquiera dejaba percibir el curso de los anchurosos ríos que se escondían bajo sus capas. Cuarenta minutos más tarde percibían un destello brillante sobre el suelo:

—El río Tapajoz —identificó lacónicamente Moreira.

La expectación de Murdock y sus acompañantes subió de punto cuando alcanzaron el lugar sobre el cual suponían se emitió el segundo mensaje del desaparecido aparato. Cielo y selva eran los únicos espectadores y desde el aire, ni siquiera descendiendo a ras de las copas podía apreciarse el más mínimo detalle.

—Voy a describir un círculo tomando como centro este punto —anunció Murdock—. ¿Anotó la posición, teniente Alves?

—Ciertamente. No he dejado el mapa ni un solo instante.

Las manos de Murdock, actuando sobre los mandos, inclinaron al bimotor sobre el ala izquierda. iniciando el vuelo circular. Pequeñas gotas desudor perlaban la frente del piloto, y allá en sus adentros cobraban fuerza los recuerdos que le situaban nuevamente sobre los campos de batalla de Asia y del Pacífico con la semejanza de situaciones. La selva semejó correr deprisa hacia la derecha y cuando el teniente Alves trataba de situar sobre el mapa la ruta del viraje, algo ocurrió que les hizo gritar de asombro. El motor del plano derecho rateaba escandalosamente y tosía con falsas' explosiones mientras el de la izquierda proseguía su palpitación normal.

—¡Por Júpiter! —gritó Moreira—. ¿Qué es lo que le pasa a ese motor?

Murdock, instintivamente, enderezó el rumbo sacando al bimotor del viraje y un minuto después el motor proseguía su marcha normal entre el suspiro de alivio de sus tripulantes, que por un momento se habían visto precipitados al pozo sin fondo del «infierno verde» desde una altura en que no cabía esperar que funcionasen los paracaídas.

—No me lo explico —murmuró Alves—. Los motores fueron repasados concienzudamente antes de salir.

El aparato había virado en redondo y llevado por la mano nerviosa de Murdock enfilaba nuevamente el lugar en donde

ocurrieran las perturbaciones. ¡Y el extraño caso tornó a repetirse! En ruta inversa, fue esta vez el motor de la izquierda quien emitió los extraños sonidos que amenazaban con detenerlo... ¡mientras el motor derecho funcionaba normalmente!

—Esto cae fuera de toda explicación —murmuró Alves estupefacto.

—No, teniente —repuso Murdock sombrío—: Hayuna explicación muy sencilla, si tenemos en cuenta el segundo mensaje enviado por mis hombres: «Se nota algo raro en los motores. Parece como si...; » ¿Lo recuerda usted?

—Parece como si una fuerza misteriosa les detuviera —completó instintivamente el brasileño mirando temeroso hacia la selva.

—Eso es, teniente, Aquí hay algo que no podemos comprender, pero que intentaremos averiguar.

El bimotor cruzó una y otra vez sobre aquella zona en una serie de temerarias aproximaciones que siempre dieron como resultado la detención de uno de los motores y hasta de los dos cuando Murdock intentó adentrarse demasiado. Se diría que sobre el cielo limpio y despejado, tendida de un modo invisible sobre aquella coloración azulina del espacio y sobre la superficie verde de la selva, había una red finísima, una sólida muralla, un obstáculo insalvable que defendía de todo intento de aproximación, que impedía la inspección aérea de un objetivo desconocido que aumentaba de valor en virtud de los impedimentos que obstaculizaban su enlace.

—¡Por mi vida, que no lo entiendo! —mascullaba Moreira sin dar crédito a lo que estaba viendo.

A través de la ventanilla observaba la hélice de estribor girando veloz y atornillando sus palas en el aire caliginoso. Luego, cuando el aparato tornaba sobre sus pasos, el círculo brillante se deshacía para dar paso al renqueante trazo de las palas negras girando espasmódicas entre tartajeos angustiosos del motor.

—Vámonos, Murdock —dijo Alves nervioso—.He tomado posición sobre este punto V nada podemos hacer desde el aire si no es estrellarnos en una de sus pasadas. Contentémonos con lo descubierto y mañana veremos de conseguir algo más.

—Advierta a Jimmy, comisario —ordenó Murdock—. Dígale que regresamos, pero no le cuente nada de lo que nos ha

ocurrido. Quiero que inspeccione los motores sin ninguna predisposición en contra.

Noventa minutos después volaban sobre Tapac y el «Vega Ventura» iniciaba las maniobras de aterrizaje, resbalaba sobre un ala y las ruedas tomaron contacto sobre el suelo levantando una espesa nube de polvo. Jimmy y los dos mecánicos brasileños les aguardaban junto al sombrajo que hacía las veces de hangar y se dispusieron al trabajo tan pronto como Murdock y sus acompañantes, saltando a tierra, les explicaron brevemente las incidencias de su exploración, ocultando, empero, lo sucedido con los motores.

—Hay algo en ellos que no me gusta, Jimmy —terminó diciendo—, y te vas a encargar de hacerles una inspección a fondo. Nos han fallado varias veces durante el vuelo y no estoy dispuesto a perder el aparato por un fallo mecánico.

—Te aseguro, jefe, que los motores están bien —protestó Jimmy, ofendido de que se pusiera en duda su capacidad mecánica.

—Pues vuelve a asegurarte y encárgate luego del aprovisionamiento de gasolina y aceite. Mañana empezaremos de nuevo el trabajo.

En el despacho del comisario, Alves extendió sobre la mesa el mapa que llevaba durante el vuelo y sobre el cual se marcaban los nerviosos trazosde los rumbos y las cifras de las posiciones aproximadas en los momentos más importantes.

—Aquí lo tienen —dijo Murdock cuando el humo de los cigarrillos se diseminaba entre los giros del ventilador—. ¡Se detuvieron los motores sobre un punto situado aproximadamente a setenta kilómetros al este del Tapajoz, dentro del radio de quinientos doce kilómetros recorridos desde Tapac. Es usted, comisario, quien puede responder a mi pregunta. ¿Qué hay en ese punto?

—Nada —repuso prestamente Moreira—. Selva, serpientes, mosquitos y una aldea de indios calopalos, los más feroces de la jungla amazónica.

—¿No hay yacimientos valiosos, ranchos, factorías, hombres blancos, civilización? —inquirió nuevamente Murdock.

—En absoluto —contestó aquél—. Todavía no se ha profundizado tanto en la selva ni se han encontrado hombres suicidas que deseen dejarse la piel al primer kilómetro de recorrido. Los únicos blancos de probable existencia en esa zona

son algunos fugados de presidio que prefieren arrostrar esas condiciones antes que resignarse a ser capturados nuevamente.

—No me satisface su respuesta aunque comprendo que dice la verdad. Ningún fugado de presidio sería capaz de poseer algo como lo que ha hecho detenerse nuestros motores, algo como lo que obligó al avión correo a tomar tierra. Casi me inclino a pensar en lo más descabellado; una compañía rival que trató de entorpecer mi concesión, una potencia extranjera que desea permanecer en el incógnito mientras sus hombres se llevan algo vital para ellos....

—¿Agentes extranjeros en la selva? —se burló Moreira—. Imposible, señor Murdock. Haría falta que viniesen del cielo, que cayesen de él para que su presencia o su introducción en el país nos pasasen desapercibidas. Indudablemente hay algo en la selva, algo que no sabemos qué es...

—Pero que vamos a averiguar muy pronto —completó Murdock—. Si mañana no encontramos algo más tangible y real, me pondré al frente de una expedición que saldrá por tierra para interrogar a los indios calopalos que viven en ese punto. No le pido que me acompañe, comisario —agregó—. Sólo quiero saber si aprueba usted mi proyecto.

—Me temo que, dentro de lo peligroso de tal acto, será lo mejor que haremos, señor Murdock. No habrá más remedio que ir allá.

—Yo creo que debemos avisar a las autoridades superiores —afirmó el teniente Alves—. Lo que hemos descubierto es suficiente para alarmarlas, obligándolas a tomar parte en la búsqueda.

—Puede que lo segundo resulte cierto, teniente —concedió Murdock—. Pero en cuanto a lo otro, ¿qué vamos a decirles? Nos tomarán por locos en cuanto expliquemos lo descubierto, rechazarán nuestras afirmaciones respecto al «Misterio del Amazonas»...

—Y se reirán encima si les vamos con el cuento de las potencias extranjeras o las compañías rivales, Murdock —agregó intencionadamente el comisario mirando de reojo al norteamericano.

—Es cierto —confesó éste—. Nos hemos dejado llevar en gran parte por la fantasía, precisamente cuando necesitamos hechos probados. ¿Está segurode que el gobierno brasileño no hace experiencias con nuevas armas secretas, Moreira?

—Si tal ocurriera —repuso aquél—, yo tendría la orden expresa de alejar a los curiosos en lugar de acompañarles en sus exploraciones.

James Tiddim entró en aquel momento seguido por uno de los mecánicos brasileños. Venía furioso y apretando sus fuertes puños como enojado por ser víctima de una broma pesada.

—¿Quién dijo que los motores fallaron? —preguntó colérico —. Los he repasado pieza por pieza, me han obligado a efectuar un trabajo agotador y, sin embargo, nada hay en ellos que justifique su fallo.

—Pues así ocurrió-, Jimmy— dijo Murdock—. Fallaron los motores y de su fallo han salido una serie de consecuencias desagradables que nos han metido de lleno en el más profundo de los misterios. ¿Has oído hablar alguna vez. de los rayos «paralizadores»?

El mecánico miró a su jefe con aire de asombro, pensando quizás que el calor y las preocupaciones alteraban los nervios de Murdock. Movió incrédulo la cabeza y respondió:

—Ya sabes, durante la guerra. Se comentó mucho cuando la puesta en acción de las nuevas armas secretas. Decían que si los alemanes los tenían, que si los rusos se apoderaron de ellos al llegar la paz... Pero todo eran rumores y mentiras.

—Ahora, sin embargo, ha resultado ser cierto, Jimmy. Aquí, en medio de la selva amazónica -dijo golpeando con la mano sobre el mapa—, alguien tiene un aparato de rayos paralizadores que ha dado origen a la desaparición de nuestro aparato, quizás a la muerte de Doc y Willy, y hasta es posible que origine nuestra propia desaparición cuando mañana volemos de nuevo sobre la selva,

—¿Puede saberse cómo ha llegado usted a esa conclusión sobre los rayos paralizadores, Murdock? —preguntó el comisario.

—¿Qué otra respuesta cabe, amigo Moreira? Después de todo, la ciencia está hoy lo suficientemente adelantada para crear las concepciones más fantásticas e inverosímiles y nada tiene que extrañar que realmente existan ya esos rayos. Por otra parte, mi afirmación no carece de base; hubo otro tiempo en que la lectura de temas científicos constituía mi afición favorita y por ello conozco algo referente a los rayos paralizadores, algo que el mundo está tratando de conseguir desde hace muchos años. Hay experiencias que datan del año 1936. Otras son más recientes y ha habido de por medio una guerra.

—¡Pero por todos los millones de bujías para motores! —estalló Jimmy—. ¿Puede saberse a qué viene este rompecabezas de rayos paralizadores, misterios amazónicos y suposiciones insensatas?

—Dígaselo, Murdock —dijo Alves— Tal vez a usted, su jefe, le crea más fácilmente.

Y el estupefacto Jimmy asistió a la explicación que George Murdock le fue dando, asintió instintivamente a sus palabras y acabó por rascarse con furia la nuca cuando George terminó:

—… y no cabe la menor duda de que algo semejante les ocurrió a Doc y a Willy cuando cruzaron sobre esa zona. Ahora bien: ¿Quién es el poseedor de semejante instrumento? ¿Cómo haconseguido introducirlo en el país sin que nadie se diese cuenta? Si conseguimos contestar a esas dos preguntas habremos solucionado el misterio del Amazonas.

—Tal vez, señor Murdock —concluyó Moreira—, aunque me temo que su solución le aleje del objetivo que usted se impuso al venir aquí y que era, simplemente, salvar a sus hombres.

—Esas dos preguntas están unidas a la suerte de los míos, comisario. Si las contestamos puede que no lleguemos a tiempo de salvarles, pero sí de vengar sus muertes.

Se hizo el silencio y en todas las mentes se sospesó el valor de aquellas dos preguntas que Murdock hiciera. Y sin embargo, el mismo Francisco Moreira había dado la respuesta de la segunda de ellas aunque para todos pasara desapercibida. Fue cuando George habló de los grupos extranjeros y él contestó:

—Tendrían que haber caído del cielo.

Aunque nadie lo sabía aún, en esas palabras estaba el origen de la presencia de aquel invisible poder en medio de la jungla amazónica.

CAPITULO III

LA APARICIÓN

A la mañana siguiente George M. Murdock emprendía nuevamente la exploración llevando a Mario Alves como segundo piloto. Moreira se quedaba en Tapac para atender a la emisora y en su lugar salía esta vez Jimmy, que todavía no acababa de convencerse de cuanto le contaran, aún tenía una sonrisa sarcástica al rememorar las palabras de su jefe y que murmuraba en voz baja acerca de las influencias del clima y el calor basta el punto de conseguir en breves horas trastocar el sereno cerebro de un hombre como Murdock.

Otra vez se lanzaron sobre la selva y bajo sus plantas se extendió la alfombra interminable del «infierno verde». Pasaron deprisa los minutos mientras el vuelo se ajustaba a las indicaciones tomadas la víspera sobre el mapa, y llegó el momento en que el piloto anunció a sus acompañantes:

—¡Atención ahora! Llegamos a la zona en donde comenzaron a fallar los motores.

El «Ventura» describió su acostumbrado círculo descendiendo hacia la espesura y los hombres esperaron en vano a que se produjeran las falsas explosiones y los intermitentes rateos estruendosos. Los dos motores funcionaban perfectamente y Alves confesó su asombro cuando ya en los ojos de Jimmy brillaba una lucecita burlona.

—No lo entiendo —murmuró el brasileño—. Acabaré por creer que sufro alucinaciones si continúo volando sobre la selva.

Murdock, apretados los dientes y tensos los músculos de su cara, ordenó antes de que el mecánico llegara a soltar la frase que tenía preparada:

—Llama a Tapac, Jimmy y pásale a Moreira nuestra posición. Que te confirme en ella o haga las rectificaciones oportunas. No hemos podido equivocarnos.

—Allá tú, jefe —murmuró para sus adentros el escéptico Jimmy—. Si persistes en tu idea no seré yo quien te saque de ella.

Pero sus palabras murieron en sus labios y en su rostro se marcó la misma expresión de sorpresa que ostentaban sus

acompañantes al darse cuenta de algo importante.

—¡La radio no funciona, jefe! —¿exclamó después—. ¡No consigo establecer contacto con Moreira!

En la cabina del bimotor pareció percibirse la presencia invisible de algo siniestro y los hombres miraron en torno suyo como recelosos. Casi en el mismo instante los dos motores cesaron en sus palpitaciones y el «Vega Ventura», como atraídopor un gigantesco imán, picó hacia la jungla en vuelo planeado sin más ruido que el silbar del viento entre los planos y el fuselaje.

— ¡Por cien millones de...! —comenzó tembloroso Tiddim.

— ¡Intenta comunicar, Jimmy! —le interrumpió Murdock mientras él y Alves, agarrados a los mandos, intentaban rectificar el rumbo—. ¡Los timones obedecen a los mandos pero no consigo sacar al aparato del picado!

—¡Nos estrellaremos, Murdock! —chilló Alves, tirando de la palanca de mando con todas sus fuerzas—. ¡Cuidado ahí!

Rozaban las ramas altas en un vuelo que les conducía inexorablemente hacia el Este; el aparato entero se bamboleó con los primeros impactos de la espesura, chirrió su estructura entera cuando un tronco se quebró contra el borde de ataque del ala derecha y luego, con un corto viraje originado por el choque, se desplomó en el interior de la espesura sumergiéndose entre la masa de hojas y ramillas, de lianas y plantas parásitas que formaban una especie de red protectora, de soporte firme sobre el «infierno verde» impidiendo con su densidad que los rayos del sol llegaran hasta el suelo. Gimió el metal al desgarrarse. Un tronco perforó el piso y arrancó de su sitio el asiento de Alves lanzándole hacia atrás con su ocupante encima. Se astillaron los vidrios de la cabina saltando luego en mil pedazos, y la vegetación penetró en el recinto reservado a los tripulantes, azotando sus rostros, destrozando paredes y techo, chascando contra los obstáculos y mostrando las heridas de las ramas rotas delas cuales rezumaba la sangre blancuzca de la savia.

Un sordo fragor seguido de espantoso rechinamiento indicó la rotura del fuselaje por su parte media. Ambos fragmentos se desplomaron deshaciéndose en pedazos, volteando entre las ramas y hojas, hundiéndose en las profundidades tenebrosas del misterio de la jungla. El choque contra la vegetación no había sido demasiado brusco y los tres tripulantes, antes de perder la noción de las cosas, percibieron la sensación de que algo frenaba

su caída y amortiguaba la colisión. Luego rodaron sus cuerpos entre los fragmentos del aparato y mientras el avión descendía hasta lo más hondo, ellos se hundieron en el pozo sin fondo de la inconsciencia.

Murdock abrió los ojos sintiendo la impresión de un círculo de fuego quemándole las sienes. Estaba tendido boca abajo sobre una húmeda capa de hojas en descomposición que exhalaban un olor nauseabundo y durante unos minutos fue incapaz de coordinar la más leve idea ni recordar el más pequeño detalle. Sólo se daba cuenta de que su cuerpo ardía, arañado por mil heridas, y de que hasta su olfato llegaba un aroma ingrato.

Al fin giró con el cuerpo sobre sí mismo; quedó boca arriba mirando con expresión estúpida el túnel de ramas que se entrecruzaba sobre su rostro, pero recobró instantáneamente la noción de las cosas al contemplar los extraños frutos que pendían de los árboles. Aquí y allá había pedazos desgarrados de revestimiento, fragmentos de metal arrugados por una mano poderosa, restos de osamenta metálica, todo el extremo de un ala poniendo una nota plateada entre los diversos tonos del verde. Eran escasos los fragmentos que llegaron al suelo; todo lo que hasta poco antes fuera un hermoso bimotor estaba ahora hundido, hincadocon fuerza, sujeto por el terrible abrazo de la vegetación. Murdock se asombró al verse vivo y un rápido reconocimiento sobre las ropas desgarradas le confirmó que sólo tenía fragmentos de plástico en la cara, una brecha mordiente en su cabeza, hacia la nuca, y una desgarradura bastante extensa en su brazo izquierdo que trazaba una línea roja desde el codo hasta el hombro por su parte externa. Sentía dolorido todo el cuerpo, pero al menos comprobó que sus huesos estaban enteros y que sus fuerzas volvían lentamente hasta el punto de permitirle incorporarse primero y ponerse derecho después.

—¡Jimmy!... ¡Teniente Alves! —llamó roncamente.

Le contestó tan sólo el rumor del viento sobre la jungla y el grito estridente de un pájaro desconocido que le contemplaba asustado desde una rama baja. Avanzó a trompicones por entre el muro de árboles sorteando los troncos que parecían venir a su encuentro y buscando siempre los retorcidos despojos del aparato que le marcaban un camino entre lo desconocido.

—¡Murdock! —llamaron a corta distancia.

Sólo la voz daba fe de proximidad; la persona desaparecía entre la densa vegetación, tan apretada y espesa, tan aparentemente llena de vida, que semejaba cerrarse en torno a

Murdock conforme él avanzaba.

—¡Aquí!... Aquí estoy! —contestó.

Chascaron cerca unas, ramas. Apareció primero un brazo sustentando los jirones de un traje caqui.

—¡Teniente Alves!

Como pudo y supo le ayudó a quitar el obstáculo y poco después el piloto brasileño, tan destrozado y herido como él mismo, se le reunía jadeante.

—¿Y Jimmy? —preguntó al recién aparecido.

Alves se había dejado caer en el suelo, sujetándose la cabeza con ambas manos y apretándolas con fuerza sobre las sienes. También él se sorprendía al hallarse vivo y encontraba inexplicable tal hecho.

—¡No... no lo sé —repuso—. Cuando recobré el conocimiento estaba solo.

—Hay que buscarle; no puede estar muy lejos. ¡Vamos, levántese! —ordenó enérgico.

Con movimientos de autómata le obedeció el otro, y los dos hombres inspeccionaron cada fragmento, cada matorral, cada manojo de afiladas cañas que se alzaban como lanzas apuntando a lo alto.

—¡Aquí, Murdock!

Acudió tan deprisa como le fue posible. Alves le mostraba el inconfundible cinturón de Jimmy, única nota colorinesca y alegre entre el ambiente tenebroso que les rodeaba. A un tiempo alzaron a lo alto la cabeza y distinguieron el corpachón rechoncho del mecánico suspendido a dos metros de altura por el abrazo poderoso de unas lianas que, como tentáculos de un pulpo vegetal, se enroscaban fuerza a su cuerpo. Resultó difícil arrancarle de allí con la sola ayuda de la navaja que Alves conservara pendiente del cinto y tras veinte minutos agotadores que llenaron de sudor sus maltrechos cuerpos, pudieron depositar a Jimmy sobre la alfombra de hojas. Era quizás el más malparado de todos; había sangre en su cabeza y en su cara, manando de una herida sobre el oído izquierdo y de un desgarrón que nacía bajo el párpado del mismo lado y abría la mejilla hasta la boca. Una mancha tumefacta amorataba su cuello y por entre los desgarrones de su traje podía verse su pecho cubierto de arañazos. Tardó en abrir los ojos en medio de la ansiedad de sus compañeros, y su primera exclamación hizo estremecerse las copas de los árboles.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó después, palpándose cauteloso las heridas.

—Seguramente quisiste pasar a través de un tronco, Jimmy, pero tu cabeza, con ser tan dura, no resistió el choque —repuso Murdock intentando animarle con sus bromas.

—¡Rayos! —resopló Tiddim intentando separarse los párpados del ojo izquierdo—. ¡Por poco me apagan un faro!

—Lo esencial es que estemos vivos —agregó el teniente Alves.

Murdock le miró angustiado, sin atreverse a decir lo que estaba pensando. Era entonces cuando más echaba en falta la presencia de Moreira, de su experiencia sobre la jungla. Vivían, sí, pero estaban condenados a la más horrible de las muertes si el azar no intervenía en su favor. Sin víveres, sin agua, desarmados, maltrechos y sin la más remota idea de donde se encontraban y el rumbo que habrían de seguir para regresar, sería cuestiónde poco tiempo el que fueran cayendo bajo los embates de la selva, de las fieras y alimañas que la poblaban, o pereciendo simplemente de hambre en el mejor de los casos. Por vez primera comprendía lo que significaban las palabras «infierno verde» y era su propia experiencia quien le dictaba aquellos pensamientos.

Todo era verde en torno suyo. Los troncos, las hojas, los matorrales y las lianas. Verde el túnel que se entrecruzaba sobre sus cabezas ocultándoles el sol. Verde la alfombra sobre la cual se arrastraban, y hasta diríase que el aire, la atmósfera sofocante y fétida que se respiraba allí tenía la misma coloración y teñía sus pulmones su piel al introducirse en el cuerpo.

—Busquemos algo —dijo resuelto—. No podemos permanecer aquí parados.

—¿Y qué podemos buscar si no es la salida, jefe? —preguntó Jimmy.

¡La salida! Demasiado estaban comprendiendo todos que sin tener la referencia del sol, oculto por la vegetación, les resultaría imposible orientarse; que aunque lo consiguieran, les resultaría imposible recorrer un solo kilómetro a través del laberíntico amasijo de la jungla.

—Busquemos armas, comida, alguna cosa que haya quedado entre los restos del aparato —le contestó.

—¡Mi pistola debe estar cerca, jefe. Costumbre de la guerra. Cuando vuelo siempre la llevo en el cinturón.

—Pues procura encontrarla al pie del árbol de donde colgabas, muchacho.

Obedeció Jimmy, gimiendo estruendosamentecuando su dolorido cuerpo se enderezó, y el teniente Alves le ayudó a mover entre los matojos mientras Murdock miraba en torno suyo tratando de descubrir el camino que siguieran para llegar hasta el desvanecido mecánico. Se confesó que le resultaba difícil conseguirlo; tanto podía haber venido por una dirección como por otra [1] y su desorientación era tan completa que acabó por encogerse de hombros y renunciar a la esperanza de verse nuevamente junto a los restos de su aparato.

—¡La tengo, jefe! —gritó alborozado Jimmy blandiendo una enorme «Browning» calibre 45 metida en su funda de cuero —.Debió soltarse al romperse el cinturón, pero aquí está, completa y en perfecto estado de funcionamiento. Llevaba dos cargadores de repuesto en algún bolsillo —agregó —pero debe habérselos tragado la tierra.

—Supongo que, al menos, la pistola estaría cargada.

—¡Desde luego, jefe! Desde que me fue tan útil cuando me derribaron en China sobre territorio dominado por los japoneses, «mi chica» siempre ha llevado nueve balas en su interior.

—Pues en marcha —dijo Murdock resuelto.

—¿Por dónde empezamos, jefe? —preguntó Jimmy mirándole animoso.

Murdock le contempló a su vez y miró luego al teniente Alves que le sonreía. Eran tres hombres conscientes de lo que les esperaba, pero queno se acobardaban ante el final y se disponían a acometer la marcha hasta que les quedaran fuerzas.

—Por aquí mismo —dijo resueltamente señalando a una abertura entre las matas.

—Espere un poco, Murdock —dijo Alves—. Usted y yo cometimos la misma tontería al desprendernos del paracaídas una vez recobramos el sentido, pero el de Jimmy está aquí y nosotros necesitamos vendar estas heridas para prevenir en lo posible una infección mortal.

Resultaban pueriles los temores de Alves cuando quizás llevaban ya la infección en sus venas y la muerte les esperaba detrás de cada tronco. Era ridículo también el vendar unas heridas que no podían lavarse con ningún género de líquido, pero Murdock se encogió de hombros dejando obrar al muchacho y reconociendo la espesura mientras aquél, con su

navaja, rasgaba en tiras la blanca seda y cortaba buen número de sus cuerdas arrollándolas en torno a la cintura.

—Vámonos de una vez —pidió Murdock cuando la frescura relativa de la tela mitigó en parte el ardor de sus heridas.

Nadie pudo medir el tiempo, pero indudablemente había transcurrido casi una hora cuando, agotados y sin fuerzas, se dejaron caer en la rotonda que formaban los troncos. Su marcha había sido un zigzagueo continuo entre obstáculos insalvables, un vagar errático entre la vegetación huyendo unas veces de los grandes reptiles que contemplaban balanceándose de las ramas, torciendo otros como llevados de una repentina inspiración, arrastrándose las más, maldiciendo, rezando, haciendo acopio de sus fuerzas y desgastándolas después vanamente para que cuando la muerte se presentara ante ellos no pudiesen ofrecerle resistencia. Una sed abrasadora les quemaba la garganta; casi no podían hablar y tan sólo el sibilante sonido de sus respiraciones daba fe de sus existencias.

—El «infierno verde» —murmuró Alves derrumbándose sobre las hojas podridas—, ¡Maldito sea!

Nadie le contestó. Ardían las heridas, quemaban los pies lacerados...

— ¡Quietos! —bisbiseó Murdock de improviso—.¡Dame la pistola, Jimmy!

El arma que llevaban había sido objeto de codiciosas miradas durante la marcha pensando que en ella estaba el remedio de todas sus desventuras, pero siempre les contuvo a tiempo la esperanza de que en el siguiente minuto se resolvería todo de una manera favorable para ellos. Ahora Jirmmy la entregó de mala gana, sin molestarse a investigar qué era lo que llamara la atención de su jefe y atento a contemplar con mirada estática la fila de hormigas que corría por su lado. Sólo Alves se incorporó también sobre las matas, alarmado por el mismo chasquido apagado que llamara la atención de Murdock.

—¡Un salvaje!

—Un indio calopalo!

Las dos exclamaciones brotaron al unísono y sirvieron para llamar la atención del hombre de piel oscura que había aparecido frente a ellos. Se cubría con un taparrabos de piel y llevaba a la espalda un carcaj del cual sobresalían los extremos emplumados de las flechas. El arco, de gran tamaño, y la lanza de aguda punta le servían de bastones para apoyarse y tantear el

terreno. Los dos blancos habían quedado como petrificados; Alves conocía un tanto a los salvajes calopalos, lo suficiente para saber que eran los más despiadados y crueles de todos, y Murdock recordaba lo que de ellos dijera Moreira en el ahora lejano Tapac.

La pistola se alzó en el aire, presta a lanzar su mensaje de plomo contra el salvaje, pero el tiro no llegó a salir cuando George pudo darse cuenta de que el indio les había visto y de que estaba asustado, tan aterrado o más que ellos mismos.

—¡Dispárale, jefe! —aulló Jimmy que se había incorporado al fin.

El calopalo se dejó caer de rodillas en actitud implorante, se arrastró sobre las hojas para acercarse y les tendió las manos mientras de su boca surgía un torrente de palabras pronunciadas en una lengua desconocida.

—El comisario sabría entenderle —dijo Alves.

—Ese hombre tiene miedo... De nosotros o de alguien más.

Sin dejar de cubrirle con la pistola, Murdock acercó su mano al objeto que el otro le tendía, y casi gritó de alegría al comprobar que se trataba de una calabaza más que mediada de agua y unas tiras de carne correosa y dura cuya naturaleza era incapaz de determinar.

— ¡Agua!... ¡Comida!... —silabeó extático Jimmy.

Egoístamente consumieron el líquido y acabaron casi con las provisiones del indígena que, mientras tanto, parecía implorar auxilio tendiéndose a sus pies e irguiendo a intervalos su cabeza como explorando el terreno sin dejar de mascullar un instante su jerga ininteligible de palabras.

—Tiene miedo, Murdock, es cierto —confirmó Alves—. Sólo he podido entenderle una o dos palabras, pero habla de «hombres» y «fuego».

En aquel momento un sonido extraño llenó la selva haciéndoles alzar la cabeza. Era una especie de silbo, de aullido suave, que en modo alguno podía confundirse con el de un reptil o una fiera. Terminaba en una especie de trémolo formado por dos notas disonantes, y su intensidad aumentaba por momentos.

—¡Mira a ese indio! —aulló Jimmy.

El calopalo estaba lívido de terror. Le temblaban las manos y sus labios se abrían convulsivamente dando paso a un jadeo de pánico. Sus terribles flechas envenenadas se desparramaron por el suelo sin que hiciera mención de recogerlas, de utilizarlas para

defenderse, y con una especie de lloro infantil se arrodilló a los pies de Murdock, hundiendo el rostro en el suelo, encogiéndose hasta lo inverosímil en un intento de pasar inadvertido.

Aquel siniestro sonido no cesaba. Su silbar apagaba el fragor de la jungla y hasta parecía entenebrecer más aquella atmósfera iluminada tan sólo por unos cuantos rayos de sol desperdigados aquí y allá. Su trémolo final se fue haciendo más agudo, más intenso...

— ¡Santo Dios!

Mario Alves; que era quien había gritado, se volvió hacia sus compañeros y observó en sus rostros el mismo terror y asombro que él experimentaba. Por el extremo de la especie de corredor que formaban los troncos había aparecido unavoluminosa figura, un ser de elevada estatura que se mantenía sobre dos pies y extendía los brazos sujetando un objeto alargado que todos identificaron como un arma desconocida y de la cual brotaba aquel sonido inconfundible. Pero fue su aspecto y su traje lo que arrancó al piloto brasileño su exclamación. Apenas se distinguía su rostro, oculto bajo la visera de una especie de yelmo plateado, pero eran visibles sus manos, grandes y huesudas, engarfiadas con fuerza sobre el arma. La vegetación le ocultaba desde la cintura, y sus antebrazos y pecho se veían cubiertos por un traje de rara confección que se diría formado por millares de piececillas metálicas a juzgar por el brillo que despedían.

Cuando la aparición estaba a diez metros de ellos, cuando el silbido aquel se hacía irresistible, el indio calopalo no pudo aguantar más, y mientras los tres aviadores permanecían sobrecogidos de espanto y sorpresa, el salvaje, profiriendo un grito de angustia, salió de su escondite para emprender veloz carrera entre los árboles. El desconocido efectuó un simple movimiento con sus manos que llevó hacia el fugitivo la boca redonda de su arma. Bruscamente, al mismo tiempo que cesaba el silbido, brotó de ella una ráfaga luminosa, un halo rojizo que cobró forma bajo el aspecto de una línea de fuego y que envolvió completamente al desdichado convirtiéndolo en una especie de antorcha. La visión de aquel fuego duró apenas unos segundos, y cuando Murdock miró hacia donde estuviera el salvaje.., ¡no lo encontró! Había desaparecido como por arte de magia y tan sólo una mancha blanca señalaba el lugarque ocupara sobre las hojas. Eso y los rastros de humo blanquecino que lanzaba la vegetación incendiada era todo cuanto quedaba de un ser humano.

Otra vez volvió a escucharse el silbido y el arma osciló en las

manos de aquel fantástico ser de quien podían apreciarse ahora todos los detalles de su aspecto. Su rostro era una máscara inescrutable en donde brillaban dos ojos de maligno brillo; una pelambrera rojiza se escapaba por debajo del yelmo metálico y venía a unirse con el vello que nacía en las mejillas; la boca, alargada y desprovista de labios, se entreabría en siniestra mueca dejando ver unos dientes triangulares y afilados; las manos estaban igualmente cubiertas de vello rojizo y del mismo color era la epidermis que dejaban al descubierto las mangas y la escotadura de su traje. Una serie de estrechísimas placas metálicas se engranaban unas a otras dando el aspecto de insecto a la envoltura de aquel ser, y un cinturón de una materia que parecía cuero o tela ceñía su cintura sirviendo de soporte a diversos objetos de extraño aspecto y usos desconocidos. Pero lo que ¡más aterraba era su estatura, que hacía parecer insignificantes los 1. 78 y 1. 70 de Murdock y Alves. Mediría más de dos metros de alto y ahora estaba mirándoles desde detrás de su mortífera arma, como asomando entre aquel sonido sibilante que a todas luces emanaba del detector acoplado al fusil y que sirviera para encontrarles.

Una voz conminatoria que nadie pudo traducir pero cuyo significado entendieren todos, les obligó a salir de entre las matas y ponerse en pie con ademán de susto. La pistola que todavía teníaMurdock entre los dedos fue objeto de una atenta mirada por parte del desconocido y su boca lanzó otro grito estentóreo al mismo tiempo que con su arma señalaba significativamente. George dejó caer la pistola sobre las hojas y entonces el aparecido retrocedió dos pasos y alzando el brazo diestro señaló una dirección en la jungla.

Nuevamente le entendieron y, estupefactos aún, sin salir todavía de aquel estado de autómatas en que les sumiera el estupor, la sorpresa y el recuerdo de la fulminante desaparición del indio calopalo, Murdock, Jimmy y el teniente Mario Alves avanzaron hacia allí cubiertos siempre por el fusil y acompañados por el incesante silbido del detector que esta vez servía para encontrar el camino de vuelta hacia un lugar desconocido.

CAPITULO IV

LA RUTA DE MARTE

DESPUES de quince minutos de atravesar la vegetación guiados por la segura brújula del detector que no cesaba en su silbido, los tres hombres empujados por el arma de su aprehensor comenzaron a encontrar cosas extrañas e impropias de la selva en que se hallaban. La primera sorpresa la constituyó el hallazgo de una plataforma metálica de un metro de diámetro, alzada a dos pies de altura por medio de soportes y de la cual nacía un sendero igualmente metálico que se perdía bajo el túnel abierto en la vegetación

—Debemos estar soñando —murmuró el teniente Alves—. Me resisto a creer lo que estoy viendo.

Pero nada había más lejos de un sueño y paso a paso iba adentrándose en sus cerebros la idea a un tiempo angustiosa y excitante, de que estaban en poder de unos seres fantásticos e irreales procedentes de un mundo desconocido, dueños de un extraño poder y de recursos inconmensurables, de los cuales comenzaban a tener nociones experimentándolas en sus propios cuerpos— y que se habían constituido en dueños y señores de la selva. De acompañarles Francisco Moreira, el comisario de Asuntos indígenas que a estas horas estaría en Tapac preocupándose por su suerte, habría podido explicarse de golpe todos los rumores que hasta él llegaron todas las historias que narraban hechos inverosímiles, las sensaciones de histeria y nerviosismo que sacudían a las tribus, su agitación, su terror y su desasosiego.

Instintivamente, Murdock y sus acompañantes se resistían aún a aceptar la naturaleza ultraterrena de los seres semejantes al que les custodiaba, pero no podían menos que recordar las increíbles escenas de que fueron testigos, iniciadas con el sonido sibilante del detector, la rápida volatilización del aterrado indígena, la constitución física, el traje y las armas de quien les conducía hacia un ignorado destino... y la aparición ahora de aquel sendero metálico, pulimentado y brillante y con la sensación de estar construido de una sola pieza. Era demasiado todo aquello y al secreto temor que todos sentían se añadía lo desconcertante de su situación.

—No es un sueño, teniente Alves —dijo Jimmy—, sino una pesadilla espantosa.

¡Se detuvieron ante la plataforma, vacilantes e indecisos, pero treparon a ella cuando el guardián, subiendo a su vez, les conminó a hacerlo con un gesto y una voz expresiva. Pisaron el sendero, cesó el sonido del detector… ¡y la plancha de metal se puso en movimiento! Girando sobre invisibles rodillos, avanzando como una correa sin fin, la banda metálica les condujo sobre ella con pausada marcha trazando una línea recta entre el boscaje que previamente había sido perforado y limpio de obstáculos mediante expeditivos métodos. Restos carbonizados de malezas, tocones de árboles derribados y cenizas blancuzcas como únicas huellas de la anterior presencia altiva de la selva, era todo cuanto Murdock y sus compañeros podían divisar desde el pedestal de su extraño vehículo. Alineados en fila, con su guardián inmediatamente detrás, los tres terrestres perdieron de nuevo la noción del tiempo y se sobresaltaron cuando las vibraciones de la plancha metálica cesaron una vez llegados ante una plataforma similar a la otra.

Desde allí partieron las impulsivas exclamaciones de Alves y Jimmy mientras Murdock, con los ojos desmesuradamente abiertos, abarcaba ansioso la amplia plazoleta que se extendía ante ellos.

—¡Miren eso!…

—¡Cien millones de bujías!…

Se hallaban en el límite de una extensión de selva completamente mondada y limpia de árboles y malezas, con la tierra removida y negra surcada por una serie de senderos metálicos semejantes al que les condujera hasta allí y con una red extendida en lo alto que desde el aire contribuía a crear forzosamente, la sensación de continuidad en la jungla merced a las ramas y hojas hábilmente dispuestas con que estaba enmascarada. Estaban ante una especie de pozo lavado entre los árboles; un círculo irregular de unos quinientos metros de diámetro y con su centro ocupado por un objeto brillante de grandes proporciones que reflejaba sobre su estructura los escasos rayos del sol que conseguían atravesar la red.

—¡Es cierto que existen! —chilló excitado Jimmy. —¡Es un platillo volante!

—No descubro en él ninguna característica que obligue a llamarlo así, Jimmy —repuso Murdock extrañamente sereno.

Aquel objeto era una esfera que bien podía tener hasta veinticinco metros de diámetro y que se dividía en dos hemisferios iguales mediante una serie de orificios practicados a intervalos regulares que a todas luces correspondían a los motores. Una serie de aberturas circulares marcaban las ventanas en los dos hemisferios —tres pisos en cada uno de ellos— y en la parte inferior, unida al suelo mediante una rampa, se abría la puerta dejando ver en su hueco un resplandor rojizo. Desde lejos daba la sensación de una monstruosa bola achatada por la base y cuando se acercaron empujados por su guardián que no les dejó mucho tiempo para la contemplación, se dieron cuenta de que la esfera estaba hundida en el suelo, seguramente a causa del impacto del aterrizaje.

Pero no era aquel objeto lo único y desconcertante de la explanada. Al otro lado, muy lejos, se percibía claramente la forma grisácea de un avión, un bimotor «Vega Ventura» que todos identificaron al punto como el aparato desaparecido que ellos vinieron a buscar.

—¡Está ahí, Murdock! —«musitó Alves—. ¡Es su avión y no se le aprecia ningún destrozo!

«Cuando intentaron dirigirse «hacia él escucharon nuevamente la voz áspera de su aprehensor que les conminó a continuar hacia la esfera que estaba ya muy próxima a ellos y se resignaron forzosamente a dejar para mejor ocasión las investigaciones que intentaban llevar a cabo.

Murdock se preguntó qué habría sido de los indígenas que a buen seguro moraban en aquel lugar a juzgar por los restos de chozas y viviendas que aún podían distinguirse revueltas entre la tierra; se dijo que quizás hallaron la muerte a manos de aquellos extraños seres, pero no hubo tiempo para más reflexiones porque en aquellos instantes pisaron el extremo de la rampa y Jimmy, que iba el último, percibió en su espalda el contacto duro del arma empuñada por su guardián.

El resplandor rojizo que brotaba de la esfera pareció acentuarse cuando los tres terrestres se introdujeron en ella. La rampa se levantó después de su paso; se incrustó en la abertura de la puerta cerrándola herméticamente…

—¡Nos han encerrado!

—¡Cállate, Jimmy! Estás nervioso con motivo —dijo Murdock atento a contemplar su nuevo alojamiento—, pero nada podemos hacer para remediarlo.

Atravesaron un corto pasillo para llegar a una sala circular cuya abertura se cerró también después de permitirles el paso. El piso comenzó a elevarse, transformado en ascensor, y las cuatro figuras que cobraban fantástico aspecto bajo los resplandores rojizos de invisibles lámparas, alcanzaron así otro pasillo semejante al de abajo, a cuyo final había una estancia pequeña, con una ventana redonda que daba paso a la luz natural. Allí divisaron a otro ser semejante al que les conducía ocupando el único taburete metálico que, juntamente con una mesita, componían todo el mobiliario. Ante Murdock y sus acompañantes seentabló una conversación en aquella lengua gutural y sibilante que ya tuvieran ocasión de escuchar y luego, al cabo de un tiempo que les pareció interminable, aquel fantástico engendro se dirigió a ellos murmurado unas palabras en inglés, un inglés de rara pronunciación y dificultosa articulación, pobre de vocabulario y casi inexpresivo en sus intentos de conversar.

—Hombres… Heridas… Heridas…

Con frases semejantes y ayudado por los gestos de sus largos brazos intentó hacerse comprender hasta que, furioso al ver vanos sus esfuerzos, agarró al teniente Alves que era quien más próximo estaba a él y de un tirón le desprendió de todos los vendajes que llevaba en el cuello, luego los del brazo y el pecho…

—Heridas… heridas… —continuó.

Murdock y Jimmy se apresuraron a quitarse también los vendajes y con ello semejó calmarse el enfado de aquel ser.

—Debe tratarse de un médico o algo por el estilo —murmuró Jimmy.

Sus rasguños y desgarraduras fueron examinados atentamente y unos gruñidos de satisfacción se escaparon de los labios de aquel ser, quien después se dedicó a recubrir todas las heridas con una especie de pomada verdosa que extrajo de una cajita que llevaba sujeta a la cintura.

—Hemos de darles las gracias, Murdock —ironizó Jimmy—. ¿O tal vez prefieren conservarnos sanos hasta que llegue la hora de considerarnos comestibles?

Nadie le hacía el menor caso, atentos solos a considerar que la puerta del aposento se cerrabadespués que los dos «bichos» —como les llamara Jimmy— les dejaran solos.

—¿Qué va a pasar ahora, Murdock? —interrogó Alves.

Y la más elocuente de las respuestas la constituyó el encogimiento de hombros de Murdock.

* * *

Desde su encierro y a través de la ventana circular provista de grueso vidrio, los cautivos vieron deslizarse el tiempo y disminuir progresivamente la luz del exterior hasta llegar la noche. Nada había ocurrido en aquel montón de horas y solamente experimentaban en sus cuerpos una sensación de calor que atribuían con razón a la pomada que recubría sus heridas y que sólo Jimmy intentó quitarse en los primeros momentos, desistiendo enseguida a causa del vivo dolor que sintió en sus magulladuras y arañazos. La plazoleta abierta en la selva se había convertido ahora en un pozo tenebroso de insondable negrura y cuando los terrestres comenzaban a experimentar cierto desasosiego que bien podría tomarse como un principio de pánico, se abrió silenciosamente la puerta para dar paso nuevamente a las dos figuras, las mismas de antes u otras nuevas, ya que la apariencia de aquellos seres era casi idéntica. Uno se quedó en la puerta cubriendo la estancia con su arma y el otro avanzó hacia los cautivos examinando brevemente sus heridas y el aspecto de aquella pomada que había terminado por formar una costra oscura sobre la piel.

—Marchar... adelante... —dijo después señalando hacia la puerta.

Lo obedecieron todos y atravesaron el pasillo. Bajaron a las profundidades de la esfera en la plataforma-ascensor, y cuando creían que les sacarían de ella les empujaron hacia otro aposento cuya puerta se abrió y cerró una vez estuvieron dentro los terrestres y fuera sus conductores.

—Cambio de cárcel. Traslado de presos —dijo Jimmy.

Y se quedó con la boca abierta de alegría y asombro al escuchar primero las voces y reconocer después a quien las profirió.

—¡Murdock!... ¡Jimmy!...

Se trataba de un joven excesivamente delgado que le hacía parecer más alto de lo que en realidad era. Su rostro estaba quemado por el sol y en él resaltaban con fuerza unos ojos azules que brillaban ahora de excitación. Escondía su cuerpo nervioso tras los andrajos de un traje que antaño fuera blanco y se había precipitado al encuentro de los recién llegados.

—¡Pero… si es LesterDoc! —contestó el mecánico—. ¡Doc, muchacho!

—Supuse que vendríais, Murdock —dijo el desaparecido piloto Cuando pasadas las naturales efusiones de alegría pudieron hablar sensatamente.—Estaba seguro de ello y al mismo tiempo temía que llegara ese momento. Os han cazado en la misma trampa que a nosotros.

—¿Y Willy? —preguntó ansiosamente Tiddim, escrutando los ámbitos de la desamueblada estancia en la cual sólo había cinco o seis formas humanas recostadas sobre las paredes—Me gustaría abrazarle también.

—Willy ha muerto —repuso escuetamente Doccon un brillo de rabia en sus ojos azules —. Esos hombres le mataron y temo que a nosotros nos ocurra otro tanto si no conseguimos dominar los nervios.

Murdock palmeó animoso la espalda de su compañero y amigo, evitando profundizar en sus recuerdos ahora que estaban todos juntos.

—No te preocupes, Doc —le dijo—. Uniendo nuestros esfuerzos conseguiremos tener calma.

—¡Qué calma ni qué narices! —explotó Jimmy—. Lester tendrá que contestar ahora a nuestras preguntas. ¿En manos de quién hemos caído? ¿Qué son estos bichos de extraño aspecto y de dónde vienen?

—Te contestaré, Jimmy, aunque Murdock y el teniente Alves tienen ya a buen seguro sus hipótesis. Según he podido deducir vienen de Marte y allí han de volver dentro de un plazo que nadie es capaz de calcular.

Se interrumpió Lester dejando que el impetuoso mecánico digiriera la píldora que acababa de entregarle, pero Jimmy reaccionó enseguida y quiso saber más detalles y pormenores, súbitamente excitado ante la confirmación que aquellas palabras habían dado a las ideas que todos venían acariciando.

—¡De Marte! —exclamó—. ¡Es algo demasiado fantástico para ser cierto! ¿No os parece? Si conseguimos salir de ésta ya no hará falta la compañía postal ni la concesión del gobierno; solamente con los derechos de entrevistas periodísticas y relatos en exclusiva amontonaremos los dólares por millares.

—Exactamente la misma cantidad de dineroque yo daría por verme fuera de esta maldita esfera —le contestó Lester airado.

Y el muchacho, a solicitud de Murdock, comenzó a contar lo

que ocurrió desde el momento en que el avión correo lanzó su segundo mensaje radiado.

—Los motores se detuvieron cuando Willy comunicaba a Tapac que algo extraño sucedía —dijo—. En aquellos momentos ninguno de nosotros fue capaz de suponer que la radio había dejado de funcionar y la transmisión continuó mientras quedó esperanza de que nos escuchasen. Dimos nuestra posición aproximada cuando el aparato descendía inerte, pero lo notable del caso es que podíamos percibir perfectamente cómo una especie de poderosa fuerza lo sustentaba en el aire y lo conducía hacia un punto determinado.

—Es lo más increíble y fantástico que he escuchado en todos mis años de aviador —interrumpió Jimmy—. Pero después de experimentarlo por mí mismo no tengo más remedio que aceptarlo.

—Vimos levantarse una columna de humo sobre la selva —continuó Lester— y vimos también cómo se descorría una especie de telón mostrándonos a la luz del día esta misma plazoleta en donde ahora nos encontramos, En su centro había un punto brillante, una bola de reflejos metálicos, y tanto Willy como yo mismo supusimos que de allí emanaba aquella fuerza sustentadora, que ella era el origen de cuanto nos sucedía.

El relato de LesterDoc fue abriendo ante los ojos de sus compañeros las perspectivas amargas del más negro y desesperanzador cautiverio que jamás imaginaran encontrar. Por boca de él supieron del aterrizaje del bimotor, cayendo de panzasobre el llano tan lentamente como un globo que se desinfla y después que el tren de aterrizaje saliera automáticamente de sus alvéolos; supieron su inmediata captura por aquellos seres desconocidos…

—Con nosotros había también quince o veinte indígenas —prosiguió Lester—, uno de los cuales sólo quedan estos siete que ahora nos acompañan —señaló hacia las oscuras figuras de los indios amazónicos que sin abandonar su postura les contemplaban con indiferencia— y todos nos ocupábamos del mismo trabajo: acarrear grandes piedras desde el linde de la selva hasta la esfera, amontonándolas junto a la entrada en espera de que los otros se las llevaran adentro.

—¿Los otros? —preguntó Alves.

—Estos hombres, los marcianos quiero decir. En la esfera hay un número indeterminado de ellos, quizás cincuenta, tal vez sólo

diez. Nunca se les ve en grupos de más de dos y mientras trabajábamos en el acarreo permanecían ocultos a nuestras miradas.

—¿No temían que alguno se escapara? —interrogó Alves—. Probablemente no vigilarían.

—Escaparnos ha sido nuestra obsesión desde que nos capturaron. He visto intentarlo casi a diario a los indígenas, teniente —contestó aquél—, y siempre resultó inútil. La selva está cercada por una muralla invisible que traza un círculo en torno a la explanada a una distancia imposible de calcular. He visto a indígenas que han regresado a hombros de la «anaconda de hierro»(2) como ellos llaman aesos senderos metálicos, y todos ellos volvieron inconscientes y vigilados por uno de esos hombres que indefectiblemente le encontraban con sus detectores. Parece ser que esa muralla invisible origina la pérdida del sentido a todo aquel que intenta atravesarla.

—Pero nosotros hallamos a un indígena, perfectamente armado aunque muerto de miedo —objetó Jimmy.

—Es admisible tal cosa, amigo Jimmy. No todos los indígenas se hallaban en la aldea cuando esta esfera tomó tierra y al principio era raro el día que no nos traían nuevos auxiliares para el acarreo de pedruscos, a medida que iban capturándolos dentro del círculo infranqueable que nos aísla del resto de la selva. Nosotros, Willy y yo, quisimos ser más listos y pensamos fugarnos en el avión, ya que por la jungla no era posible ni siquiera para los indígenas que la conocían tan bien. La tierra estaba lo suficientemente apisonada como para considerarla campo de aterrizaje y teníamos muchas probabilidades de franquear los árboles que rodean el llano, siempre que consiguiéramos quitar parte de la red. El aparato tenía combustible suficiente para llegar a Tapac y en él residía toda nuestra esperanza.

—Demasiado arriesgado el plan —dijo el teniente Alves.

—No podíamos elegir otro, teniente. Quisimos probar el aparato antes de decidirnos, pero nos fue imposible poner en marcha los motores. También el acceso al cielo está cerrado por esa muralla y aquí está la razón del por qué no nos vigilan; saben que no podemos escaparnos.

—Pero ¿y Willy?

—Willy perdió la cabeza al ver fallidas todas sus esperanzas —dijo el piloto con enconada ira— y se abalanzó contra uno de

esos hombres. Fue lo último que debió hacer y le costó la vida; ahora está convertido en polvo impalpable y forma parte del aire que respiramos.

Todos recordaron la súbita desaparición del indio calopalo en los momentos que precedieron a su captura y comprendieron cuál había sido el horrible final de Willy Rochester.

—Estos hombres vienen de Marte a lo que he podido deducir; me llevaron a una especie de despacho en donde está el jefe supremo de la aeronave y vi sobre la pared un mapa espacial y otros que detallaban la superficie de un planeta surcado por una serie de canales. Sí, Murdock; todo lo que hace tiempo nos parecían tonterías, las especulaciones sobre la existencia de vida en otros planetas, las hipótesis científicas, los cálculos matemáticos que tomábamos a risa, la afirmación real de los «platillos volantes» que para los pilotos eran sandeces y bobadas, todo ha resultado ser verdad. Los tenemos aquí; vienen de otro planeta; son dueños de poderosas fuerzas y nos tienen en su poder sin que nos sea posible prevenir a los nuestros o advertirles de su presencia en la Tierra.

—Supongo que no irán a eliminarnos a todos nosotros —gruñó Jimmy—. A mí, al menos, les va a costar trabajo si tengo ocasión de echarle las manos al cuello a uno de esos bichos.

Llegaban a este punto en su conversación cuando percibieron que la temperatura de la estanciaaumentaba paulatinamente basta convertirse en una sensación de calor. Ningún sonido llegaba hasta ellos, pero las paredes tenían una débil trepidación que delataba la puesta en marcha de un motor poderoso.

— ¡Mirad allí, muchachos! —gritó Murdock que se había acercado a la ventana.

Se apiñaron a su espalda contemplando el cielo. Esta vez podían distinguir perfectamente las estrellas y hasta ellos llegaba la luz de la luna bañando con sus rayos plateados la explanada... ¡de cuya superficie habían desaparecido los senderos metálicos y el bimotor «Vega Ventura»!

— ¡Han quitado la red! —gritó Lester—. Es la primera vez que ocurre desde que me capturaron.

Aumentó el temblor de las paredes en la esfera. Extraños reflejos llegaban hasta ellos procedentes de las aberturas de escape de los motores; momentos después una brusca sacudida les precipitó al suelo percibiendo cómo la esfera se alzaba hacia lo alto.

— ¡Nos vamos! —aullabaTiddim—. ¡Maldita sea mi sangre!

Tras ellos había un coro sollozante de indígenas que salmodiaban plegarias en su extraña lengua mientras su terror subía de punto a medida que la inminencia del vuelo se hacía patente. Alzándose de nuevo, los terrestres se habían precipitado a la ventana. La esfera se mantenía a unos cuatro metros de altura sobre la explanada cuando se inició la maniobra que llenó de estupor y asombro a quienes la contemplaban. Lentamente primero y aumentando progresivamente la velocidad, vieron cruzar ante el orificio circular de la ventana unaserie de agujeros iguales que les hicieron comprender que la esfera tenía paredes dobles y que la exterior giraba mientras la interna permanecía fija. Las ventanas circulares del exterior, con la esfera en reposo, coincidían con las de dentro para facilitar la visión. Con la aeronave en marcha, la rápida sucesión de orificios creaba una faja abierta que permitía igualmente contemplar el exterior de la misma forma que esos juguetes que consisten en un disco taladrado por una serie de agujeros que al ser hecho girar se transforman en una línea falsamente continua.

¡La trepidación y la sensación de calor aumentaban por momentos. ¡Los motores, a todas luces atómicos o por lo menos completamente distintos a los conocidos por Murdock y los suyos, debían estar funcionando a pleno rendimiento.

—¡ Ahora!... ¡ Estamos subiendo!

La esfera ascendía verticalmente cerniéndose majestuosa sobre la selva que desaparecía deprisa bajo ella e intentando acercarse a las estrellas y la Luna que la bañaban con su luz. Se incrementó la velocidad, las paredes externas semejaron hacerse transparentes con la rapidez de su giro, y la aceleración súbita derribó en el suelo a todos los hombres, excepción hecha de Murdock que intentó resistirla agarrándose a los salientes de la ventana. Su esfuerzo resultó inútil; sintió que una fuerza irresistible tiraba de él hacia abajo sin que pudiera evitarlo, que un vértigo espantoso transformaba su cabeza en giratoria peonza, que sus pulmones y su estómago se aplastaban hasta el punto de convertirse en apretadas láminas...

Cuando pudo darse cuenta estaba tendido deespaldas sobre el suelo, junto a Lester y el teniente Alves. Jimmy había rodado sobre sí mismo para mezclarse con los cuerpos de los indios amazónicos que se amontonaban en un rincón. Lo último que percibió Murdock antes de que aquella feroz aceleración le hiciera perder el conocimiento, fue la sensación de que todo el

peso de la esfera marciana gravitaba sobre su pecho haciendo crujir las costillas con ánimo de romperlas.

CAPITULO V

TRANSBORDO ESPACIAL

EL teniente Mario Alves fue el primero en recobrar el conocimiento después de un plazo de horas de inconsciencia. Recordando con avidez los acontecimientos pasados, llena todavía su cabeza de zumbidos, oprimidos y ardorosos los pulmones y con una angustiosa sensación en el estómago, se arrastró más bien que se dirigió hacia el redondo ventanal enmarcado por el negro intenso del espacio y ofreciendo un notable contraste entre la luz rojiza que continuaba alumbrando el aposento y la privación de rayos lumínicos que imperaba más allá del grueso cristal de la abertura.

Nada fue capaz de distinguir en los primeros momentos entre aquella estremecedora oscuridad, y sólo después de frotarse los ojos para convencerse de que no soñaba se decidió a aceptar las consecuencias de su descubrimiento.

—¡Es la Tierra, no cabe duda! —murmuró estupefacto.

Un astro de brillo azulino refulgía «allá abajo» según la posición que ocupaba el teniente. Su tamaño, a la sazón, era aproximadamente doble que el de su satélite en el plenilunio, y la distancia y las nubes no habían borrado por completo los conocidos perfiles de continentes que le sirvieran para su identificación. Era la Tierra aquel planeta y el teniente Alves se sintió aterrado al considerar las circunstancias porque ahora atravesaban como prisioneros de aquellos seres llegados de Marte y en viaje de retorno a su patria con unos cautivos que desconocían su destino final. Tal vez en otras condiciones, el espíritu juvenil y esforzado del teniente se habría acomodado a ellas y hasta es posible que superado, saboreando aquella serie de emociones que constituían el mayor aliciente de la aventura... Pero resultó demasiado brusco el salto dado. De jefe de vuelos en un campo provisional perdido entre la jungla brasileña a prisionero de los marcianos. De la compañía simpática y agradable de Moreira y sus dos mecánicos, desde el encuentro con aquellos norteamericanos ansiosos por recuperar un avión, hasta la presencia de aquellos seres de rojiza pelambrera y feroz aspecto. De un destino alegre y descuidado una vez terminada su

permanencia en Tapac, a la prisión desconocida e incierta en un astro misterioso y enigmático.

Sumido en el contemplación de aquella Tierra cuya distancia aumentaba por momentos, pensando rápidamente para encontrar una solución inmediata a los problemas que habrían de afrontar, haciendo acopio de valentía para no perder la calma cuando más la necesitaba, casi no se diocuenta del sonar de unos pasos vacilantes sobre el piso metálico del aposento, y la voz de Murdock, sonando roncamente, le sobresaltó al escucharla.

—Supongo que no me considerará loco si afirmo que aquello es la Tierra —dijo dando una detenida ojeada por el ventanal.

—Es la Tierra, Murdock —contestó Alves—, y debo reconocer que jamás me pareció tan hermosa como en estos momentos en que al parecer carecemos de esperanzas de regresar a ella.

—Nunca desesperaré de que así ocurra, Alves. A partir de ahora trataremos de conseguir nuestra vuelta a ella, aunque para obtenerlo tengamos que adoptar las ideas más descabelladas y hacer uso de los planes más fantásticos.

Le miró el brasileño, gratamente sorprendido por el vigor y la fortaleza que se desprendían de aquellas palabras. El rostro de Murdock era un fiel reflejo de los sentimientos de aquel hombre y Alves se convenció de que decía la verdad, de que había algo de locura y resolución en sus ojos brillantes, decisión en sus afirmaciones y fortaleza en sus puños apretados y firmes. Y aquella actitud, unida a sus propias reacciones, avivó el estímulo que el joven sentía creando un acercamiento entre ellos, originando un calorcillo de confianza que era su mayor consuelo

—Aunque tenga que apoderarme de esta aeronave —prometió Murdock—, empeño mi palabra de honor de que lo conseguiré.

Un resoplido poderoso denunció la vuelta a la vida de James Tiddim y cuando los dos hombres se acercaron a él también LesterDoc sujetaba su cabeza entre las manos después de incorporarse.

En un rincón apartado, dos de los indígenas amazónicos les miraban con expresión homicida y fulgor demente en sus ojos oscuros.

—¿Puede saberse qué ha ocurrido? —preguntó Jimmy anhelante—. Tengo molidos los huesos y el cuerpo igual que si me hubieran propinado una buena paliza.

—Da un vistazo por esa ventana, Jimmy —le contestó

Murdock—. Será suficiente explicación sin que nadie te diga una palabra.

Ayudaron al mareado Lester cuando ya el mecánico se dirigía al ventanal y Alves pronunció unas palabras de advertencia:

—Cuidado con esos indígenas, Murdock. No me gusta la expresión de sus ojos y comprendo que en sus cerebros infantiles no caben explicaciones que puedan hacerles comprender lo que sucede.

—Mal podríamos explicarles nada desconociendo su idioma, pero Lester podría intentar decirles algo; ha convivido con ellos más días que nosotros y es posible que entienda algo de su lenguaje. ¿Cree usted que llegarán a atacarnos, Alves? Después de todo somos tan prisioneros como ellos.

—Veo difícil un entendimiento con ellos, Murdock, y mejor será que estemos preparados porque considero muy probable su ataque; nos creen a buen seguro responsables de cuanto les ocurre y no podremos hacer otra cosa más que defendernos a golpes.

—Ellos son siete y nosotros cuatro. Espero que podamos resistirles.

Jimmy regresaba hacia el grupo con la cara arrugada por una serie impresionante de extrañas muecas.

—Dame un golpe, Murdock —pidió—. Pega fuerte; será la única forma para convencerme de que no sueño.

—Convéncete sin golpes, Jimmy, y deja que reserve mis puños para mejor ocasión. Quizás dentro de poco tengamos en este aposento una batalla particular.

—¿Es la Tierra eso que he visto? ¿Volamoshacia Marte?

—Desde luego que sí. Anda, ayuda a Lester a levantarse y acércale también a la ventana para que contemple el espectáculo. Después de todo, no siempre se presenta ocasión para observar toda la Tierra, con una sola ojeada —ironizó, tratando de aliviar la tensa situación.

Alves se recostó contra la pared, dando frente a los indígenas y espiando sus movimientos y reacciones. Como asaltado por un súbito recuerdo pasó sus dedos sobre la capa reseca de pomada que tenía sobre los rasguños del antebrazo; la costra saltó fácilmente y el asombrado joven contempló la nueva piel, sonrosada y limpia, que había sustituido a las sangrientas huellas de las heridas.

—¡Increíble —murmuró—. El adelanto científico de estos

seres escapa también a nuestros alcances!

También le imitó Murdock, advirtió a sus compañeros, y todos, a excepción de Lester que estaba ileso, fueron arrancándose las costras oscuras convenciéndose de que sus heridas y el peligro de infección eran tan sólo algo remoto en el pasado.

—¿Serán también inmortales estos bichos? —masculló Tiddim.

—No lo creo, muchacho —repuso Lester—. Abuen seguro se mueren como nosotros cuando les llega su hora o alguien se encarga de anticiparla.

—Pues lo que es a nosotros se han empeñado en matarnos de una forma u otra. No recuerdo cuál fue la última vez que tuve ocasión de meter algo en mi estómago, y os aseguro que siento tanta hambre que me comería entero a uno de esos tipos, con traje metálico y casco inclusive.

El hecho de que Tiddim conservara el buen humor, aun en los momentos más difíciles, era una poderosa ayuda moral para todos los prisioneros. Sus palabras arrancaron forzadas sonrisas a Lester y al teniente Alves, y Murdock se apresuró a contestar:

—Se acordarán de nosotros; no te preocupes por ello, Jimmy. Es, con toda seguridad, que nuestras horas no coinciden con las suyas en lo tocante a alimentación.

La palabra «horas» volvió a sumirles en su abatimiento. Cierto era que en aquellas circunstancias el tiempo carecía de valor si no se tenía un instrumento para medirlo y una referencia para fijar el arranque de los minutos. Tanto a Lester como a ellos mismos les fueron arrebatados los relojes como si aquellos seres comprendieran su utilidad o, quizás, en la creencia de que se trataba de valiosos objetos; ahora los echaban de menos aunque sólo fuera para distraerse con el paso isócrono de sus saetas. Otra cosa no podía ser después de la larga privación del sentido y la imposibilidad de medir el tiempo transcurrido desde su partida de la Tierra.

Otro aspecto de su cautiverio que les llenaba de desazón era el desconocimiento casi completode las características y condiciones, tanto de la aeronave que les transportaba como del planeta a que se dirigían. Como pilotos, estaban al corriente de los adelantos introducidos en la aeronáutica; no había secretos en lo tocante a reactores, velocidades supersónicas, nuevos modelos y proyectos para el futuro. Pero todo ello se venía

abajo ante las desconocidas características de aquella esfera de la que sólo conocían su aspecto externo, su propiedad de girar sobre sí misma mediante una doble envoltura, y un par de dependencias insignificantes, amén de dos pasillos y un ascensor circular. Mario Alves, único de ellos que había volado con reactores, deducía que los medios de propulsión eran distintos a juzgar por la trepidación de las paredes y la sensación cálida que llegaba hasta ellos.

—Motores atómicos, con toda seguridad —decía—.Es la única solución para explicar esta velocidad y ese impresionante giro de la envoltura externa.

Del planeta Marte todavía conocían menos detalles. Sabían, poco más o menos, que se trataba de un astro muy conocido de los astrónomos y objeto de la imaginación de ciertos novelistas que depositaron en él la fantasía de sus argumentos, creando una especie de tópico entre los habitantes de la Tierra, hasta el punto de admitirse sin mucho esfuerzo la existencia de los «marcianos». Recordaban la jugarreta del actor OrsonWelles relatando radiofónicamente las incidencias de «La guerra de los mundos», la célebre novela de H. G.Wells, y la catástrofe que estuvo a punto de desencadenar con los visos de realismo que dio a su narración. Sabían también, de acuerdo con los diversos artículos leídos al efecto, que Marte estaba surcado por una serie de líneas oscuras bautizadas con el nombre de «canales»; que esta determinación era aceptada por determinado sector de científicos y rechazada por otro; que en él había atmósfera, agua, hielo y cambio de estaciones... Pero ahí cesaban sus conocimientos, salvedad hecha la afirmación universal de que en Marte existía la vida y que sus habitantes eran los llamados a invadir la Tierra en un plazo más o menos lejano.

—¡Maldita sea! —renegó Jimmy resumiendo el pensamiento de todos—. Daría mi cinturón de trofeos por ser una lumbrera científica.

Dado que Jimmy aseguraba que su cinturón era para él más estimado que su propia vida, su deseo adquiría una grandeza inconmensurable para todos sus compañeros de cautiverio.

—¡El planeta Marte! —continuaba—, ¡El sueño dorado de todo hombre de ciencia! La realización de todas las fantasías...

El silencioso abrirse de la puerta interrumpió lo que prometía ser una brillante perorata. Jimmy se quedó con la boca abierta, la continuación de las palabras murió en sus labios, y en el denso silencio restalló la voz áspera de uno de aquellos extraños seres

que les ofrecía sobre la palma de su mano rojiza unas pastillas, de color negro y del tamaño de un guisante. Entregó dos a cada uno de ellos y por medio de señas les indicó que se las llevaran a la boca.

—¿Será veneno, Murdock? —interrogó el desconfiado Jimmy —. Tal vez se traté de un narcótico..., un anestésico preparatorio de cualquier operación.

—¡Basta ya, Jimmy, no seas idiota! —rugió Murdock enfurecido—. ¡Trágate esas pastillas y no compliques más la vida con tus suposiciones!

Obedeció el mecánico, no sin ciertos resquemores pese a ver que sus compañeros se las llevaban a la boca sin titubear. Con los indígenas casi fue necesario que aquel marciano empleara la fuerza para conseguir que se las tragaran, y después de convencerse de que todos las habían digerido, el repelente ser salió del aposento dejándolos nuevamente encerrados. Desde entonces transcurrió el tiempo de un modo desesperante; las únicas distracciones consistían en contemplar la Tierra desde el ventanal, conjeturar la tremenda velocidad que llevaban a juzgar por el tamaño del planeta que parecía reducirse a ojos vistas, y vigilar a los indígenas que se revolvían cada vez más.

—Creo que me estoy durmiendo —bostezó Lester.

—¡Las pastillas! —¡aulló Jimmy—. ¡Os lo advertí antes!

—No lo creo, Jimmy —contestó Mario Alves— Más bien me inclino a pensar que nuestros organismos necesitan descanso y que en la Tierra debe ser ahora de noche.

—¡Quién pillara una buena cama! —suspiró Lester.

—El caso es que yo también me siento cansado —decía Murdock— pero si hemos de dormir, bueno será que alguien monte la guardia. No me gustaría pasar sin transición del sueño a la muerte por estrangulación o algún método parecido.

—Yo haré el primer turno —ofreció Alves—. Calcularé el tiempo- contando mentalmente.

—Despiérteme cuando llegue a un millón —dijoJimmy, tranquilizado ya de sus temores—. Para desayunar quiero un buen plato de huevos con jamón, dos litros de café y media docena de bocadillos con mucha mostaza y abundante cebolla.

—Se lo diré a la doncella de servicio —sonrió Alves.

La densa negrura de la noche eterna perduraba allá cuando los cuerpos empezaron a rebullir sobre el duro suelo que les sirviera de cama. Lester, último de los vigilantes, avivó su

despertar con un grito desde la ventana.

—¡La Tierra ha desaparecido!

Rápidamente se levantaron todos ansiosos por constatar la verdad de aquel aviso, y su movimiento semejó aguijonear la exaltación de los indígenas que desde su rincón no habían dejado de contemplarles. Hubo un grito salvaje, un aullido estremecedor cuando los siete cuerpos oscuros cargaron sobre Murdock y sus compañeros, y durante unos momentos la embestida les arrolló con fuerza derribándoles al suelo. Gritos, exclamaciones de rabia, rumor sordo de golpes y voces entrecortadas proferidas en un idioma extraño llenaron la estancia. Fue como si los indígenas comprendieran el aviso de Lester, como si la desaparición del planeta que ninguno de ellos llegara a contemplar les privara de toda esperanza de regresar a él.

Jimmy fue el primero en sacudirse al amazónico que le cayera encima, Su puño derecho, fulminante como martillo pilón, se estrelló contra el rostro del indígena aplastándole la nariz y los labios, bañando en sangre su rostro y haciéndole retroceder entre alaridos de dolor y de furia. Murdock acertó a propinar un puntapié en el bajovientre a otro de los adversarios y Lester, retorciendo el brazo cobrizo que pretendía engarfiarle por el cuello, puso en juego una buena llave de «judo» haciendo volar a su atacante por encima de la cabeza y estrellándolo después contra el suelo. Momentáneamente igualadas las fuerzas, Jimmy y Murdock acudieron en auxilio del teniente Alves que se debatía entre tres asaltantes que le aplastaban con su peso. Los puños entraron nuevamente en acción, salieron despedidos los indígenas en todas direcciones y unos minutos más tarde se había restablecido la calma y separado los dos bandos, presentando los blancos nuevas erosiones en el rostro y un lamentable aspecto los indígenas en cuyas epidermis se marcaban las huellas de los golpes recibidos.

—Ya nos hemos divertido bastante, ¿no os parece, amigos? —les amenazó Tiddim blandiendo los puños.

—No les censuro por su ataque —dijo el teniente Alves, jadeante aún por el esfuerzo—. Son dignos de lástima y su acción es la reacción natural de unos cerebros primitivos que no comprenden nada de lo que ocurre.

—Primitivos o no, bien pudieron matarnos, Alves —contestó Murdock—. Suerte que pudimos igualarles en número.

La puerta del aposento se abrió entonces y en su hueco se

recortaron las figuras de dos hombres armados. Venían seguramente a inquirir lo que había ocurrido y hasta Tiddim tuvo un comentario sarcástico hacia ellos comparándolos con la policía que siempre llega cuando ya se ha acabado todo. Pero su presencia allí tuvo un final trágico,ya que uno de los indígenas, el mismo a quien Jimmy desfigurara el rostro, se abalanzó contra los recién llegados, baja la cabeza como para embestir, abiertos los brazos para agarrarse y tremantes las piernas con la arrancada. Fue a estrellarse contra las escamas metálicas del traje a la altura del vientre del marciano y los terrestres pudieron percatarse de que acusaba el golpe pese a la protección que llevaba.

La reacción del otro fue instantánea. Sus largos dedos se cerraron en torno al cuello del indígena y con una sola mano, en un alarde de poderosa fuerza, lo despidió contra la pared del fondo, junto al ventanal, en donde el amazónico rebotó sordamente. La extraña arma que portaba en la otra mano adoptó la posición horizontal...

—¡No lo haga, no haga eso! —gritó Lester.

Un trallazo de fuego brotó del fusil extendiéndose en línea recta hacia el infortunado indígena. El aposento pareció llenarse con el gemido del arma, un aullido semejante al de una fiera. Todos los que fascinados, lo contemplaban, percibieron un leve crepitar, como el de chisporroteo de unos leños en la hoguera y el indígena se difuminó entre una nubecilla blanca que durante unos escasos segundos dibujó su silueta sobre la pared del aposento. Aquel humo se volatilizó al instante, todo quedó como estaba y a buen seguro que nadie daría crédito a lo que viera, de no ser por el hecho de que ahora había seis indígenas en lugar de siete.

Una serie de palabras rápidas procedentes de uno de los guardianes, sonó para los prisioneros como advertencia de mayores males si de nuevoocurriera algo que les obligara a intervenir. Se marcharon sin olvidarse de cerrar la puerta, y los cautivos, deprimidos por lo que se vieron obligados a contemplar, sin atreverse a llegar hasta la ventana, dado que junto a ella ocurrió la volatilización del indígena, vencidos antes de luchar y otra vez perdida su esperanza, se dejaron caer sobre el suelo, enfrentados al rincón desde donde les miraban, con no menos asombro que terror, los indios amazónicos supervivientes. Desde entonces su existencia se resumió en inquietas horas de sueño cuando sus cuerpos necesitaban descanso, visitas a

intervalos espaciados de aquellos seres que les entregaban las dos consabidas pastillas (su alimento como pudieran comprender al darse cuenta de que no sentían hambre después de ingerirlas) y charlas desmesuradamente largas en donde se mezclaban relatos de sus vidas pasadas, experiencias bélicas adquiridas en el campo de batalla y proyectos descabellados y absurdos para conseguir la libertad, unos proyectos que desde el principio se estrellaban contra la puerta metálica de su aposento, que inexorablemente continuaba cerrada.

Fue después de un plazo que tanto podía ser de una semana como de un mes, cuando Murdock divisó por el ventanal la imagen de un planeta que hasta entonces sólo contemplaran en las fotografías de los artículos científicos. Asomaba tras una espesa muralla de nubes blanquecinas y sobre su superficie colorinesca se distinguían perfectamente unos trazos oscuros que adoptaban la línea recta en distancias enormemente largas. Podían verse las manchas extensas que se formaban enlos puntos en donde se entrecruzaban varios de aquellos canales dando la sensación de que allí se levantaba una ciudad, Se adivinaba la vida allá abajo, hervía de vitalidad aquel planeta que asomaba en la noche eterna con el acompañamiento de dos minúsculos satélites.

—La ruta de Marte —murmuró Alves—. Termina nuestro viaje, amigos.

—Pidamos a Dios que nuestro fin sea rápido —dijo Lester.

—¿Morir? —rugió enfurecido Murdock—. ¡Ninguno de nosotros hablará de esa forma mientras yo pueda evitarlo! Necesitamos vivir para realizar nuestros proyectos y no descansaré hasta conseguirlos.

Aumentó sensiblemente la vibración de las planchas de la aeronave; frente a la ventana comenzaron a cruzar sombras fugaces en sucesión rápida y más tarde, con la disminución de la velocidad, se percibieron claramente los orificios redondos de la envoltura externa cuando su giro se interrumpió. Adivinaron el momento de la detención de los motores cuando la sensación de calor, a la que ya se habían habituado, se aminoró; todos se miraron sorprendidos ante tal hecho.

—¡Nos detenemos!

—¿Habremos llegado a Marte?

—¡Imposible!

Acodados en la ventana, que resultaba estrecha para los

cuatro hombres, atisbaron el planeta cuya posición con respeto a ellos había variado sensiblemente.

—¡Pero si estamos aún a centenares de miles de kilómetros!

—Quizás sea eso la explicación —dijo Lester—. Mirad hacia allí.

Frente a ellos, dando la sensación de asomar por debajo del planeta Marte, había dos objetos brillantes que se acercaban a enorme velocidad. La detención de la propia aeronave no era completa; solamente se habían detenido los motores pero la esfera surcaba el espacio con la velocidad adquirida dando por resultado el que las respectivas impulsiones aumentaran el tamaño de aquellos dos objetos que se les acercaban, creciendo a ojos vistas.

—Dos aeronaves marcianas —dijo Tiddim.

Se trataba de otras tantas esferas de color brillante, a modo de luminosas estrellas en la noche negra, que avanzaban paralelas dando frente al ventanal-observatorio de los prisioneros. En un plazo extremadamente breve pudieron contemplar claramente las aberturas circulares de las esferas y el halo rojizo producido por los escapes de sus motores. Luego, un movimiento ascensional de las aeronaves las sacó de su campo visual y ante ellos quedó tan sólo la visión de Marte con su entrecruzamiento de canales y sus gasas de nubes.

—Valiente planeta —murmuró zumbón Jimmy—. Tiene el aspecto de un huevo a medio freír.

Y en verdad que la observación de Jimmy no dejaba de ser exacta ni tener cierta gracia, dado que Marte parecía exactamente lo que el mecánico acababa de decir, asomando su superficie anaranjada entre el blanco algodonoso de los bancos de nubes. No hubo tiempo, empero, para digresiones; los hombres de Marte se presentaron en el aposento gruñendo órdenes imperativas y los cautivosse vieron obligados a seguirles. La plataforma-ascensor les condujo esta vez a un nivel más bajo que el piso que hasta ahora ocuparon, dejándoles en una sala que a juzgar por la concavidad del suelo ocupaba el casquete inferior de la esfera.

Entre las columnas que sujetaban el techo se erguían las protuberancias de cuatro esferillas de cinco metros de diámetro, encajadas simétricamente en el suelo y abierta la trapa redonda que les daba acceso. La sala estaba fuertemente vigilada por hombres armados que imposibilitaban toda rebelión o intento

desesperado de los cautivos y bajo las miradas de los guardianes, Murdock, sus compañeros y un indio amazónico fueron introducidos en una de las esferillas.

Su interior era angosto. Se veía claramente que aquellos vehículos cumplían la misión de las lanchas de salvamento en los buques o las canoas automóviles de los barcos de guerra. Una plancha horizontal las cortaba a la altura del ecuador dividiéndolas en dos compartimientos iguales. El superior era la cabina de pilotaje y ante el asiento ocupado por uno de los marcianos se alineaban extraños aparatos e indicadores; inmediatamente detrás estaba la escalerilla metálica y desde aquí hasta la pared trasera había un espacio no muy sobrado que fue adjudicado a los cautivos y a dos centinelas armados. La planta superior albergaba los motores y, a juzgar por el calor y la trepidación, habían sido puestos recientemente en marcha.

—Se trata de un transbordo —murmuró Lester cuando la tapa de la escotilla se cerró sobre sus cabezas.

Percibieron un desplome súbito de la esfera;brillaron lucecillas de distintos colores en el tablero de mando y una pantalla televisora reflejó las imágenes de las dos aeronaves salidas a su encuentro, enfocándolas por su parte inferior en donde había una trapa circular. Mirando fascinados a la pantalla, Murdock y los suyos sintieron la sensación de ser tragados por unas gigantescas fauces. Un choque sordo y la extinción del zumbido monótono de los motores les indicó la llegada a su nuevo destino, e instantes después se encontraron en un aposento semejante al que constituyera su primera prisión, dotado de la misma ventana y carente de las comodidades que esperaron hallar. Todo era igual; sólo cambiaba el aspecto de sus nuevos guardianes, sobre cuyos trajes metálicos brillaba un distintivo que parecía delatarles como fuerzas regulares del ejército.

—Un transbordo —repitió Lester—. Solamente un cambio de prisión.

—Y un cambio de rumbo, muchachos —anunció Murdock desde la ventana—. Me temo que nos alejamos de Marte.

Cuando sus compañeros se le reunieron en el puesto de observación, «el huevo a medio freir» del planeta Marte desaparecía definitivamente tras la capa de nubes dejándoles tan sólo el vacío espantoso y negro del espacio como campo de observación.

CAPITULO VI

EL INFIERNO DE TARJAS

MURDOCK intentó calcular el tiempo de un modo aproximado tomando como base el espacio que mediaba entre cada aparición de los guardianes para entregarles las consabidas pastillas alimenticias, y estaba casi seguro de que transcurrieron por lo menos dos meses terrestres hasta el momento en que el nuevo planeta asomó ante sus ojos asombrados. Era un astro de un tamaño semejante al de la Luna, de brillante color amarillo y de accidentada orografía según pudieron apreciar todos una vez que sobrepasaron la capa de nubes que le rodeaba. El ojo experto de LesterDoc calculó en 5. 000 metros la altura que llevaban y en verdad que resultaba impresionante la visión estremecedora de los agudos picachos, los barrancos profundos, las cortaduras, las mesetas erizadas de rocas... todo uniforme y monótono bajo su color amarillo brillante. Allá abajo, en las profundidades, se distinguían masas oscuras que bien pudieran ser de arbolado, pero a pesar de que descendían cadavez más y de que la velocidad se reducía por momentos, no conseguían divisar señales de vida, edificios, algún río, ninguna extensión de agua que mereciera el nombre de mar y tan siquiera de lago.

—Fascinante, ¿verdad? —rezongóTiddim—. Con toda seguridad va a ser nuestro nuevo hogar y su contemplación no resulta nada alentadora.

A mil metros de altura flanqueaban ahora una cadena montañosa de gran extensión, desnuda, pelada, muerta. Tras ella apareció una planicie en donde el color amarillo quedaba atenuado por las manchas grisáceas de un bosque, una selva que desmerecía demasiado ante el recuerdo que todos guardaban del Amazonas y que hacía parecer a ésta en insignificante manigua fácil de surcar hasta con las manos atadas. Columnas de polvo se alzaban a lo alto desde el horizonte y la esfera la tomó como punto de referencia en su ruta dirigiéndose rápidamente hacia ellas. Pasaron así sobre lo que parecían ser chimeneas de gigantescas fundiciones, sobre transbordadores aéreos, sobre grupos de edificios que al reflejar el amarillento ambiente de la superficie adquirían un «camouflaje» natural que dificultaba su identificación.

Cesó el zumbar de los motores cuando alcanzaron la vertical de una extensa llanura polvorienta. Iniciaron un descenso vertiginoso que hizo subir el suelo ante sus ojos creando la impresión de que la esfera no se movía, y a doscientos cincuenta metros de altura entraron de nuevo en acción los mecanismos para frenar el descenso que finalizó con toda normalidad. Los terrestres, presentando un aspecto estremecedor merced a las grandes y caprichosas barbas que el curso de la Naturaleza hiciera brotar en sus rostros durante el largo cautiverio, con los cabellos desmesuradamente largos y los cuerpos no muy sobrados de higiene personal, casi no parecían darse cuenta de nada saboreando la alegría de distinguir nuevamente la luz del sol —un sol que probablemente no sería el mismo de la Tierra— pero que les libertaba del monótono tedio, de la insoportable inmensidad del espacio. Nada sabían con respecto a su suerte; ignoraban cuál sería su destino en aquel planeta desconocido. Pero al menos sentían en sus pechos jóvenes la alegría de saberse vivos, de conservar intactas sus fuerzas y energías, mantener su agresividad habitual y disponerse a poner en práctica todos los proyectos cuidadosamente elaborados durante el cautiverio y que tendían a conseguir la inmediata libertad por los caminos que Dios y sus propias condiciones les depararan.

La sacudida final que denunciaba el aterrizaje les derribó con estrépito sobre el suelo, pero se incorporaron de un salto mirando anhelantes la puerta por donde habrían de aparecer los hombres de Marte para revelarles definitivamente su destino.

—¡Ojalá pudiéramos apoderarnos ahora de la esfera! —susurraba Jimmy.

—Imposible, muchacho —le contestó Alves—. Tenemos otra a nuestro lado y aun suponiendo que consiguiéramos elevarnos con ésta, cosa bastante improbable, aquélla nos derribaría en pocos instantes.

Bajo escolta descendieron a tierra por la rampa que tendía un puente desde la puerta hasta ella; encontraron también a los cinco restantes indígenas que hicieron el viaje en la otra esfera y los diez hombres, en fila, se detuvieron frente a una construcción de piedra sobre cuyo dintel campeaba la misma insignia que los marcianos llevaban sobre los uniformes.

—Debe ser el puesto de mando —exclamó Murdock.

Ninguno de los dos marcianos que les recibieron pronunció una sola palabra. Se limitaron a colocar en torno al cuello de blancos e indígenas una delgada argolla metálica que se cerró

con un pasador de seguridad, dando la sensación de que sus dos extremos se habían soldado. Luego, a un gesto de aquellos hombres, les sacaron nuevamente al exterior, caminaron corto trecho hasta una de aquellas torres metálicas que distinguieran desde el aire y un ascensor les llevó hasta la plataforma. Ocuparon una de las grandes vagonetas sucias de tierra amarilla que se deslizaban sobre los alambres, salvaron llanuras, elevaciones y precipicios en un deslizamiento rápido acompañado por los chirridos estridentes de las poleas, y por último terminó su viaje ante la monstruosa instalación do un elevador provisto de correas sin fin mediante el cual se llenaban hasta los bordes las vagonetas vacías reexpidiéndolas con su carga de tierra amarilla hacia el punto de origen.

Lo primero que vieron al descender fue a un soldado marciano con, el fusil terciado y actitud vigilante. Luego distinguieron una turba de figuras fantásticamente enmascaradas con aquel polvo amarillo que les prestaba una apariencia fantasmal. Removían incesantemente la tierra con sus herramientas y se afanaban en cargar vagonetas y rellenar tolvas que desembocaban en el elevador de la línea aérea.

—Esclavos... son esclavos forzosos —dijo Murdock sintiendo que un escalofrío recorría su espina dorsal.

Y cuando también a ellos les entregaron los mismos útiles de trabajo, cuando les empujaron hacia aquella turba revuelta, tornó a repetir, espantado, las mismas palabras de antes:

—Esclavos... Esclavos...

* * *

El aire era cálido, la tierra semejaba despedir fuego y el polvo y el sudor se encargaban de transformar en infernal una tarea que semejaba no tener fin. Nadie podía descuidarse ni un solo instante, pues siempre había un atento vigilante que les recordaba sus obligaciones mediante el doloroso aviso de sus látigos metálicos cuyos extremos estaban cargados de electricidad. La pluma genial del Dante sería incapaz de describir las condiciones de vicia, los sufrimientos incesantes de aquella masa en la que se mezclaban seres de distintas razas y condiciones procedentes de todos los lugares del espacio, la rabia contenida, las ansias de revancha y libertad, la fiebre homicida que les animaba, la fiereza que hervía en sus pechos y la impotencia que coronaba todos sus esfuerzos para conseguir lo que tanto ansiaban. Sólo la muerte era bastante para cortar sus

sufrimientos, pero también la muerte semejaba recrearse hasta el final proporcionándoles una agonía sin límites, unas torturas indescriptibles que hacían maldecir a todos el momento en que se les ocurrió nacer.

Cuatro veces en el transcurso de la jornada se les concedía descanso, se les formaba en grupos y se les conducía hasta una especie de abrevaderos, unos receptáculos alargados llenos de un líquido caliente y de gusto salobre, ante los cuales se libraban verdaderas batallas entre aquellas fieras en que se convertían los hombres a la vista del agua. Los últimos, los menos afortunados, tenían que contentarse con un cieno amarillento producto del polvo de sus predecesores al mezclarse con el líquido. Les entregaban entonces su ración alimenticia consistente en una de aquellas diminutas pastillas que Murdock y los suyos conocían ya, y, por último, cuando los picos de las montañas debido a la rotación del planeta ocultaban los rayos ardientes del sol que les alumbraba, el rebaño de esclavos buscaba cobijo en los barracones de piedra dispuestos para ellos y se defendían de la baja temperatura apretujándose unos contra otros, maldiciendo, golpeando, chillando de desesperación y de rabia.

Los cuatro hombres blancos últimamente llegados y los seis indios amazónicos, que ahora no se apartaban de su lado como implorando una protección que ninguno podía darles, habían hecho inauditos esfuerzos para no enloquecer a las pocas horas. Necesitaron toda su fuerza de voluntad para no ser derribados por un látigo eléctrico o fulminados por un fusil desintegrador como premio a su rebeldía, y Murdock, Capitaneando el grupo por acuerdo tácito entre ellos, se vio y se deseó para conseguir que los suyos alcanzasen su ración de agua y dispusiesen un sitio donde dormir, haciendo uso para ello de sus puños y viéndose ayudado por JamesTiddim, cuyo corpachón se convertía en escudo de su jefe y amigo cuando las cosas se ponían demasiado mal.

Dos días antes fueron testigos de un hecho inverosímil, una rebeldía providencial que les había facilitado un amigo y que hizo nacer en todos ellos la primera esperanza de libertad a poco que maduraran los planes que jamás dejaron de hacerse Fue Tiddim —no podía ser otro— quien dio origen a lo sucedido. Perdida su presencia de ánimo, vencido por la ira y la rabia, arrojó lejos de sí la pala de mango largo que empleaba para escarbar la tierra amarilla y se enderezó exclamando:

—¡No resisto más! Necesito mat...

No acabó la frase y sus compañeros le vieron tambalearse llevándose las manos a la garganta y braceando ansioso mientras los ojos se le saltaban de las órbitas y su lengua, ganosa de aire, se abría paso entre los resecos labios. El aro metálico que llevaba al cuello, reaccionando como un ser vivo, oprimía su garganta asfixiándole por momentos y castigando así una rebeldía que no necesitaba de la presencia de los guardianes armados para reprimirla.

—¡Agarra tu pala, muchacho! ¡Agárrala deprisa antes de que sea demasiado tarde!

Si atónitos y espantados miraban a Tiddim sus compañeros, su asombro subió de punto cuando escucharon estas palabras ¡proferidas en inglés por alguien que estaba junto a ellos! Y ese mismo «alguien», sin soltar su herramienta, se apresuró a tomar la pala de Jimmy y a apoyarla contra su cuerpo retorcido antes de que ninguno pudiese reaccionar para auxiliarle.

—¡No suelten sus ¡herramientas! —volvió a gritar el desconocido—. ¡Ya no pasó nada!

Jimmy se recuperaba a ojos vistas. Se aflojó el dogal de su cuello, se normalizó la respiración y las gruesas gotas de sudor que le corrían por el rostro trazaron unos surcos oscuros sobre el polvo acumulado en sus mejillas. Jadeó, intentó articular algunas palabras y los sonidos brotaron entrecortados de sus labios amoratados.

—Gra... gracias... Le... le debo... la... la... vida...

Murdock se colocó a su lado de un salto. Alves y Lester se acercaron también rodeando al desconocido que se había inclinado de nuevo sobre la tierra.

—¿Te encuentras bien, Jimmy?

—Ya... pasó..., jefe... Lle..., llegué a creer que... no lo... contaba.

—¿Quién es usted? —preguntaba Lester al desconocido—. ¿Dónde aprendió a hablar el inglés? ¡Diga algo, conteste!

—¡Dentro de poco nos llevarán a los barracones. Entonces tendremos mucho tiempo para hablar —repuso aquel hombre—. Ahora continúen trabajando y no den pie a un castigo colectivo.

Y bajo el techo de los barracones, entre el infernal estrépito de los esclavos, escucharon una historia tan fantástica como la suya propia, tan inverosímil e increíble que, de no ser porque experimentaron algo semejante sobre sus mismas personas todos habrían tachado de visionario a aquel desconocido.

—Me llamo Thomas Mortimer —comenzó— o al menos me llamaba así hace aproximadamente cinco años, cuando no era más que un australianovulgar y corriente que soñaba con encontrar alguna. vez el fantástico tesoro que le permitiría vivir con lujo y comodidad para el resto de sus días. Mi pasión era la minería; en las regiones desiertas del Queensland hay ricos filones de oro depositados allí hace millones de años en espera de que alguien vaya a recogerlos, a hacerlos suyos mediante un trabajo sobremanera agotador y lleno de peligros.

Sus palabras tenían un tono extraño, como de hombre que! ha estado mucho tiempo sin poder hablar y que ahora extraña tal facultad; pero eran inteligibles sus frases y en Murdock, Alves, LesterDoc y Jimmy tenía unos oyentes que le escuchaban con veneración, dudando entre despertar de aquel maravilloso sueño o aceptar como ciertas aquellas voces inglesas que levantaban en sus almas nostálgicos recuerdos.

—Me interné en el desierto —prosiguió Mor- timer—. Tenía entonces 30 años, muchas ilusiones y una fe fanática en el triunfo. Ya ven de qué me ha servido todo eso; solamente he conseguido ser un esclavo, un cuerpo miserable perdido sobre el polvo amarillo del planeta Tarjas y aguardando la muerte que indefectiblemente ha de llegar con su anuncio de nuevos sufrimientos.

—No hable de morir ahora, amigo Mortimer —rogó Mario Alves—. Estamos unidos a usted desde este momento y su presencia es tan necesaria para nosotros, corno la nuestra pueda resultar para usted con el correr del tiempo.

—Hablo de la muerte como algo necesario, muchacho. Día tras día, hora tras hora, extraemos de la tierra materiales radioactivos que se destinana las industrias de Marte y que abundan de un modo extraordinario en el planeta Tarjas, hasta el punto de podérsele llamar un depósito incalculable de ellas. Pero sus mortales emanaciones, su letal veneno, va infiltrándose en nuestros organismos y actúa contra nosotros mismos en un plazo de tiempo que nadie es capaz de calcular. Yo llevo aquí unos cinco años; ¿qué plazo me queda para seguir malviviendo?

—¡Bah! —terció Jimmy—. Olvídese de ello y que no se diga que un australiano se deja abatir por la adversidad. Yo estuve con sus compatriotas en el Pacífico en 1945 y guardo buenos recuerdos de aquellos muchachos alegres y simpáticos.

—Yo también añoro con demasiada frecuencia aquellos años de la guerra —aceptó Mortimer—.Son el cielo comparados con

este infierno.

—Vamos, vamos —animó Murdock al ver las divagaciones en que se estaban perdiendo. —. Tendrá que excusar a Jimmy, amigo Mortimer; cuando se le suelta la lengua no hay forma humana de detenerlo. Prosiga con su historia.

—El resto es bien sencillo y, a juzgar por lo que me han contado ustedes, muy semejante a la suya. En pleno desierto contemplé el aterrizaje de una esfera brillante; un bellísimo espectáculo que no me dejó comprenderaquellos repugnantes seres, comprendí que llegaban de otro mundo, que mi vida estaba en peligro y que no podía escapar del maldito aposento en que me encerraron. El espectáculo majestuoso del desierto australiano que podía contemplar desde la ventana redonda de mi encierro, fue la última visión que tuve de la Tierra. Más tarde pude contemplarla toda entera desde una altura insondable... y mi viaje terminó en esta tierra de Tarjas, destinado a perecer en ella una vez que se agotaron todos los intentos de fuga.

—Reviviremos esos proyectos, Mortimer —alentó Murdock—. Pero lo que no acabo de comprender es el objeto de esos viajes a la Tierra con el sólo fin de traer cautivos; claro está que el motivo puede estar encubierto bajo otros afanes, los mismos que todos hemos pensado muchas veces.

—Explorar nuestro planeta con vistas a su futura conquista, ¿no es cierto, Murdock? —dijo Lester.

—Más o menos exactamente, Doc. Y aquí, en Tarjas, todos esos esclavos...,

—Son la escoria de las conquistas marcianas, Murdock —dijo esta vez Mortimer—. Son los vencidos de otros planetas ignorados en donde la vida resultaba difícil sin un progreso industrial adecuado, o en donde no había un ejército lo suficientemente poderoso para contener la avalancha de los supercivilizados marcianos que cayeron sobre ellos llevados de sus ansias de conquista. Y no es que los marcianos sean demasiado numerosos, amigos, pero suplen con sus adelantos los medios humanos que les faltan...

—Bien, Mortimer —pidió Tiddim—. ¿Puede explicarme ahora qué es lo que me ocurrió con esa maldita argolla del cuello?

—Electricidad estática, muchacho —fue la respuesta del australiano—. Los marcianos han conseguido incrementarla en las bajas capas atmosféricas y crear, además, una aleación de acero y ciertos metales que son altamente sensibles a sus efectos.

Todos sabían de qué se trataba. La electricidad estática es esa carga latente de la atmósfera que se manifiesta en forma de chispazos y explosiones sobre las grandes masas aisladas. En tiempo seco, un automóvil que se mueve sobre el suelo, aislado de él por sus neumáticos de caucho, es como una nube de tormenta que acumula sobre si una fuerte carga estática que se manifiesta en muchas ocasiones bajo la forma de fuerte descarga sobre la persona que agarra la manija para abrir la portezuela. También los seres humanos la acumulan sobre sí cuando caminan, por ejemplo, sobre gruesas alfombras; muchos huéspedes de hoteles recuerdan las sacudidas experimentadas al tocar el cerrojo o el pomo de su puerta. Existe incluso en los quirófanos de los hospitales y ha dado lugar a sangrientos accidentes al provocar la explosión de los anestésicos en sus recipientes. Si los cuerpos están aislados, si no hay un conductor que haga «masa» con la superficie terrestre, todos estamos expuestos a sus descargas imprevistas. Esto era lo que explicaba Mortimer en pocas palabras, y de ahí la respuesta de Murdock

—Sé a lo que se refiere, Mortimer —dijo—.Cuando yo no era más que un obrero en las instalaciones petrolíferas de Venezuela, veía a los grandes camiones cisterna provistos de una cadena que arrastraba sobre el asfalto para prevenir las descargas estáticas que podían, incluso, incendiar el combustible.

—¡Pues algo de eso le ocurrió a Jimmy. ¡Las herramientas que manejamos hacen el papel de conductores entre la tierra y el cuerpo humano desvirtuando los efectos de la electricidad estática. Pero al arrojar lejos la pala, la aleación metálica de la argolla capta la electricidad de la atmósfera y sus metales se contraen formando un apretado dogal que ha causado la muerte por asfixia a más de un rebelde obstinado.E1 remedio es bien sencillo; no hay más que tomar la herramienta y seguir trabajando. Un método diabólico, infrahumano y brutal, que ahorra guardianes armados y garantiza una regularidad en la producción a costa de nuestras vidas. Claro está que los mismos efectos se consiguen apoyando la pala en el suelo sin esforzarse en hundirla... pero para esos casos ya tienen los centinelas sus látigos que avisan la conveniencia de trabajar so pena de hacer visita a los hornos.

Nuevamente comenzó Mortimer sus explicaciones La tierra radioactiva, el mineral que ellos arrancaban de la superficie de Tarjas, era transportado por la línea aérea de vagonetas hasta un lugar situado a cincuenta kilómetros terrestres de las

excavaciones. Allí había unos tamices electrónicos que seleccionaban las diferentes materias según sus cualidades y las enviaban de nuevo, por separado, a los hornos atómicos que las recibían en sus entrañas ardientes para transformarlas en lingotes de un tamaño apropiado. Las aeronavesque periódicamente llegaban de Marte se encargaban de transportarlas a su destino final.

—Pero ¿y aquí? —preguntabaMurdock—. ¿Qué fuerzas hay en Tarjas para asegurar la sumisión de los esclavos?

NO se sabe a ciencia cierta, pero con toda seguridad no es muy numerosa. Confían en sus medios mecánicos, están seguros con las argollas que ningún prisionero puede quitarse por sus propios medios y disponen de radio y televisión para comunicarse con Marte y con la esfera que, constantemente y a una altura que la hace invisible para nuestros ojos, evoluciona sobre Tarjas en actitud vigilante. Saben también que el territorio no presenta protección para quien intente huir. Dicen que al otro lado de las montañas hay un mar, que existen bosques y plantas, que hay cuevas… Pero la radioactividad latente del subsuelo condena inexorablemente al ¡hombre que se aventura sobre la superficie de Tarjas.

—Y, sin embargo, los marcianos están igualmente expuestos a esa radioactividad —objetó Alves.

—La guarnición se renueva periódicamente —contestó Mortimer— y seguramente es sometida a tratamiento médico en su país de origen. Nosotros nos hemos acostumbrado a conocer el momento en que los nuevos soldados llegan desde allí; ellos consideran esto como un destierro forzoso, y en los primeros días extreman sus crueldades sobre los esclavos. Después decrecen sus ímpetus belicosos y se calman los ánimos hasta la llegada del relevo, tres meses después.

—Observo que habla usted de días, de jornadas,de meses incluso. ¿Es que hay en Tarjas alguna forma de medir el tiempo?

—Sólo la práctica nos da esa certeza. Se sabe que el día de Tarjas equivale, aproximadamente, a veintidós horas terrestres y a otras tantas la noche. Nos dan dos horas de descanso, siempre aproximadamente, cada cinco y media, y nos dejan reposar durante el período de oscuridad.

—Una pregunta, Mortimer —dijo Lester—. ¿Qué sucede para que en los ratos de descanso no actúen las argollas por efecto de la electricidad estática?

—¡Los marcianos tienen dos emisoras cuyoshaces de ondas anulan la electricidad de la atmósfera en determinados momentos. Esas emisoras son automáticas y marcan de esta forma las pausas del trabajo. Cuando el plazo está a punto de terminar, suenan las sirenas que ustedes ya conocen y los hombres se reincorporan a la tarea; por eso se habrán dado cuenta de que ninguno abandona un momento sus herramientas, incluso cuando duerme o descansa.

El intenso frío penetraba en el barracón abatiéndose sobre el concierto de ronquidos, voces intermitentes y sonoros gruñidos de la apretada masa de durmientes.

—¿Cómo pueden dormir veintidós horas seguidas?

—Radioactividad —fue la lacónica respuesta— Si están mucho tiempo aquí verán nacer dentro de sus cuerpos una fatiga extraña que les impulsará a dormir incluso cuando trabajan. Yo creo que empiezo a experimentar esos síntomas, y no lo digo precisamente por interrumpir la conversación.

¡Hacía tanto tiempo que no hablaba en ingléscon nadie! —suspiró—. Aquí nos entendemos por

medio de una jerga fantástica en la que se mezclan voces procedentes de casi todos los planetas del Universo.

—Le necesitaremos a usted —dijo Murdock bruscamente— y le garantizo que si las cosas nos ruedan bien no estaremos en Tarjas cuando nos llegue la hora de perecer bajo los efectos de la radioactividad.

—¿Qué se te ocurre, ¡Murdock? —preguntó, esperanzado Jimmy—. Cuenta con mis puños para lo que sea. ¡Ya tengo ganas de ver qué color tiene la sangre de esos marcianos!

—Cuento con todos vosotros. No sé todavía lo que saldrá de aquí dentro —dijo golpeándose la cabeza—; pero sea lo que fuere, tendrá éxito o moriremos todos antes de tiempo.

Se dio por finalizada la conversación y LesterDoc que estaba tendido junto a Murdock aún pudo oírle murmurar antes de quedarse dormido:

—Las argollas... veintidós horas... aleación de acero... el agua salobre... ¡Pudiera resultar bien!

CAPITULO VII

REBELION DE ESCLAVOS

EL plan de Murdock, hondamente madurado durante toda la jornada, comenzó a revelarse en la noche siguiente cuando se retiraron a los barracones. Había guardado en un rudimentario recipiente fabricado por Mortimer, una porción del agua salobre que bebían, y ante los ojos asombrados de sus compañeros mojó concienzudamente la argolla de su cuello tendiéndose después en el suelo junto a una de las aberturas que ventilaban los cobertizos.

—¿Qué haces, jefe? —preguntó Jimmy.

—Esto es el primer paso para la fuga, Jimmy —les contestó —, y si resulta como creo, habremos adelantado mucho. Ahora te encargo que me vigiles durante la noche, que os turnéis si es preciso en caso de que me durmiera y no pudiese resistir el frío. Mi plan se basa precisamente en el agua y el frío.

—No lo entiendo, Murdock —dijo Mario Alves.

—Yo tampoco estoy seguro de que resulte, Alves—le contestó Murdock—, pero tengo que intentarlo.

A la mañana siguiente, después de una noche en que la excitación les impidió descansar debidamente, el collar de Murdock tenía sobre su superficie una delgada capa de hielo que se fundió rápidamente con los primeros rayos de luz. El rostro del norteamericano estaba azulado por el frío, en su garganta se marcaba una huella amoratada y todo su cuerpo acusaba los efectos de la terrible prueba hasta el punto de no poder mantenerse en pie. Pero sus ojos brillaban con la luz del triunfo y su nerviosismo suplió las fuerzas que le faltaban para acometer el trabajo.

—En el primer rato de descanso, todos vosotros mojaréis vuestros collares —les ordenó—, y se repetirá la operación todas las veces, incluso cuando vayamos a dormir.

—¡Por cien millones de bujías! —bramóTiddim—. ¡Sácanos de dudas, jefe, porque estamossobre ascuas!

Hacía tanto tiempo que el mecánico no soltaba su exclamación favorita, que todos rieron gozosos, presos del mismo nerviosismo que sacudía aMurdock.

—Creo que podremos quitarnos muy prontoestas argollas —les dijo— y me extraña que no se me ocurriera antes el medio. La placa de metal es muy delgada; el agua que bebemos es salobre a consecuencia seguramente de las aguas minerales o los ácidos que lleva en disolución. Cuento con su efecto para, primero, atacar el acero por medio del óxido y, después, con la acción del frío que al helar el anillo lo tomará quebradizo y frágil. Sinos sale bien, la fuerza de Jimmy será suficiente para arrancarlos de nuestros cuellos, y una vez libres de la electricidad estática...

Se interrumpió porque en aquel instante los guardianes chascaban sus látigos eléctricos para conducirlos al trabajo, pero ya eran suficientes aquellas palabras para hacer nacer nuevas esperanzas en los pechos de los cautivos. Cada uno de ellos fue imaginándose el final, y todos coincidieron en el resultado. Una vez libres asaltarían a los guardianes... No estarían solos en el ataque porque los restantes prisioneros también carecerían de las argollas... Conseguirían armas... No habría obstáculos que detuvieran a la turba enloquecida al trabarse la batalla... Correría la sangre de muchos hombres, pero el triunfo llegaría a sus manos como premio a todos sus sufrimientos...

¡Santo Dios y qué eternas iban a hacérseles las horas hasta que llegase ese momento!

Atacaron con rabia la tierra amarilla hundiendo en ella sus palas y amontonándola delante de las vagonetas y los elevadores de mineral. Una serie de conversaciones susurradas puso a Mortimer en posesión de los datos que necesitaba, y el antiguo buscador de oro, rejuvenecido y ágil, se mezcló con los grupos de esclavos hablándoles en aquella jerga incomprensible, regocijándose cuando al terminar veía en sus ojos el brillo de la esperanza y el regusto de la lucha. Les recomendaba prudencia calmaba sus ímpetus y refrenaba sus movimientos instintivos que les empujaban hacia el agua salobre como medio de salvación. Al llegar el primer descanso unos cincuenta esclavos mojaron ávidamente sus collares metálicos y cambiaron entre sí miradasde complicidad. En el transcurso de la jornada eran muchos los grupos que se formaban como al azar, trabajando bajo la recelosa mirada de los guardianes que parecían comprender que algo extraño ocurría, y esparciendo la buena nueva por todos los ámbitos de la zona de excavaciones. Al terminar el día, un murmullo de efervescencia dominaba el chascar de los látigos eléctricos; hubo los mismos conatos sangrientos al aproximarse al agua; el instinto de conservación

les dominó para conseguir saciar su sed abrasadora y este acto les salvó, privando a muchos de la oportunidad de repetir una operación que a buen seguro habría hecho entrar en sospechas a los guardianes, al ver que todos mojaban sus collares.

El mismo Murdock estaba como asustado de la tempestad latente que acababa de levantar. Con frecuencia se le acercaban seres de extraño aspecto y remota procedencia que murmuraban unas palabras incomprensibles que podían traducirse como adhesión al plan a realizar. Era aquél un conjunto heterogéneo de seres en donde se mezclaban los gigantescos corpachones de los habitantes de Kronabak, un planetoide rico en yacimientos metálicos; los velludos y repugnantes pobladores de Minos, la tierra del carbón y del azufre; los esbeltos y casi humanos seres de Syrtis; los hombres rojos de Noidim, tan semejantes externamente a los marcianos; los de Thyle, Celena, Taygeta... Toda la extensa gama de los pobladores del Universo, confirmando la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados, se hermanaba con Murdock y sus compañeros formando la más extraña legión que jamás conocieran los tiempos. Eran docenas, centenares,miles... todos dispuestos a luchar para ser libres, prestos a morir y a matar para conseguir sus propósitos de triunfo.

Y precisamente el crecido número de esclavos creaba el angustioso problema del transporte. Según Mortimer, una esfera se mantenía sobre ellos en actitud vigilante, pero, aunque la hicieran descender y consiguieran apoderarse de ella, su capacidad no era bastante para contenerles a todos. Ignoraban, por otra parte, la distancia a que se hallaban de Marte y había que correr el riesgo de atacar sin saber el tiempo que mediaría hasta la llegada de refuerzos considerables. Pero había también una solución y ella motivó la pregunta de Murdock dos días más tarde:

—¿Cuántas aeronaves llegan de Marte para llevarse el mineral, Mortimer?

—Varía según la carga, pero su número nunca baja de treinta.

—Entonces —resopló Murdock— nuestra fuga se realizará en el momento en que esas aeronaves lleguen a Tarjas. Nos servirán para que cada uno de nosotros regrese a su planeta de origen, terminando así la espantosa pesadilla del infierno de Tarjas.

—Se hará si tú lo dices, Murdock —aceptó el australiano—, pero me temo que no transcurrirá mucho tiempo hasta que ello ocurra, y cuando las naves lleguen es posible que tengamos

todavía en el cuello estas argollas.

—Espero demostrar lo contrario cuando eso ocurra, Mortimer.

El proyecto de Murdock estaba dando sus frutos. Las argollas metálicas habían perdido su color, deordinario brillante, para reemplazarlo por una capa rojizo-oscura que iba quebrantando sus moléculas. El proceso de oxidación y congelamiento era lento, sin embargo, debido a que el agua salobre no podía rendir mucho más de lo que se le pedía. Algunos llegaban a maldecirla sin pensar que aquel infierno habría resultado más horrible sin agua medianamente potable, pero su actitud cambió cuando en la novena noche desde la iniciación del plan, George Murdock dijo a Tiddim:

—Vamos a probar, muchacho. Trata de quitarme la argolla y no tengas miedo de estrangularme.

Forcejeó Tiddim agarrotando sus fuertes manos en la argolla; su rostro se perló de sudor con el esfuerzo y entre sus resoplidos enérgicos sintieron vibrar el metal, agrietarse la costra de herrumbre que lo cubría y gemir sus moléculas contorsionadas por el poderoso esfuerzo. Un chasquido seco, un grito de triunfo y una exclamación unánime de todos aquellos que aguardaban impacientes, y Jimmy se irguió llevando en cada mano un pedazo de la argolla que acababa de partir. Murdock, respirando afanoso, se frotaba la garganta amoratada y lloraba casi de emoción al verse libre. Pero la furibunda alegría que se desató en el barracón acalló toda la sensación de triunfo y toda palabra animosa. En cuestión de segundos se vio a los hombres, unidos por parejas, gruñir y forcejear contra las argollas; muchas de ellas se rompieron en los primeros intentos y aquello estimuló los ánimos para proseguir. La voz se fue corriendo de un barracón a otro, y en aquella noche memorable los esclavos iniciaron la conquista de la libertad mediante sus propios esfuerzos, ayudados por elingenio de Murdock que marcó la pauta a seguir. Los rechonchos y peludos hombres de Minos, con su hercúlea, fuerza, resultaron unos excelentes rompe-argollas; hubo manifestaciones jubilosas y gestos de agradecimiento y sumisión en los hombres que se acercaban al norteamericano para testimoniarle su afecto…

—La naturaleza humana es primitiva —filosofó el australiano Mortimer mientras se frotaba la garganta desnuda—. Tenemos junto a nosotros seres de los más variados y remotos orígenes, enemigos tradicionales muchos de ellos y con odios de raza

latentes entre sí. Sin embargo, todos se han unido esta vez para la lucha porque el objetivo era común a todos ellos.

—Es natural al fin y al cabo, Mortimer —dijo Jimmy.

—Cierto, amigo. Pero, ¿qué ocurrirá cuando consigamos el triunfo y las viejas rencillas cobren nuevas fuerzas?

—No reclames la propiedad de una mina de oro antes de haberla descubierto —le amenazó Jimmy cómicamente—. Consigamos primero apoderarnos de las aeronaves, que después ya me encargaré yo de meter en cintura a los revoltosos. Y a propósito de aeronaves, ¿con cuánta gente contamos que sea capaz de entender su manejo?

—Muchos de nuestros compañeros se sienten capaces de conducirlas, especialmente los turnos de obreros a quienes corresponde cargar en ellas el mineral y que han tenido, por lo tanto, ocasión de visitarlas. No te preocupes por ese punto, Jimmy. Cuando llegue el momento nos sobran pilotos, además que siempre estaremos a tiempo de obligar a los marcianos supervivientes para que nos enseñen.

Cuando nació el nuevo día había muchísimos esclavos cuyas argollas no pudieron ser arrancadas porque el proceso de oxidación no era suficiente. Los que carecían de ellas se ingeniaron para suplir con andrajos de vestidos la línea oscura en torno a la garganta, que de esta forma evitaría las sospechas de los guardianes. Trabajaban con ímpetu, como ejercitando sus fuerzas para la tarea que les aguardaba, y al caer la noche redoblaban los esfuerzos contra las argollas rebeldes que aún se resistían a ceder.

Cinco días más tarde presenciaban el majestuoso espectáculo de la llegada de una formación de esferas brillantes. Pasaron sobre la zona de excavaciones enviando contra los hombres sus reflejos cegadores y luego se alejaron para posarse sobre la explanada que había junto a los hornos atómicos, a cincuenta kilómetros de distancia.

—Ha llegado nuestra ¡hora —hizo saber Murdock a quienes aguardaban expectantes la señal—. Si entre nosotros no ha habido ningún traidor que haya enterado a los marcianos de lo que nos proponemos, esta noche correrá la sangre sobre la superficie de Tarjas.

Aprovecharon los descansos de la jornada para repasar los planes de ataque forjados tiempo atrás. Por medio de enlaces improvisados se aseguró el norteamericano que cada hombre

conocía el papel asignado en el ataque, y sonrió animoso alzando la vista a lo alto para calcular el tiempo que faltaba hasta que la rotación del planeta interpusiera entre ellos y el sol las cumbres agudas de las montañas dando lugar a la noche. No había dejado de notar el recelo existente entre los guardianes que durante los días pasados extremaron sus precauciones para con los esclavos, doblando su número y reforzando la vigilancia mediante el descenso a quinientos: metros de la solitaria esfera que dominaba el espacio. Látigos eléctricos, rayos desintegradores y pistolas de raro aspecto parecían estar buscando el más leve motivo para entrar en acción y originar una carnicería entre los forzados. Pero un innato sentimiento de prudencia y de habilidad hizo que los fugitivos en potencia conservaran la calma y no dieran pábulo a una mortandad que a nada conduciría en sus proyectos.

—De nuevo lo repito —observó Murdock cuando desde el cobijo de los barracones pasaron revista a las fuerzas durante la noche—. Que todos se aseguren de que no llevan ningún objeto metálico encima. La esfera de vigilancia se ha remontado de nuevo, pero es indudable que sus detectores estarán funcionando. Advierto también que cualquier detalle insignificante puede hacer fracasar nuestro ataque por sorpresa y que hemos de estar dispuestos a defendernos contra el asalto que se efectuará sobre nosotros, si las dotaciones de las esferas llegadas de Marte se percatan de lo que ocurre.

A la luz de las mortecinas lamparillas de aceite se vio a los hombres agarrando con decisión las herramientas de trabajo que habían de servirles como primeras armas, y en todos los barracones era unánime el espectáculo. Sumaban unos cinco mil en total, cinco mil fieras en potencia sedientas de sangre y de venganza.

—Vamos allá —murmuró George Murdock dirigiéndose hacia la puerta del barracón.

Con él iban sus amigos, toda la representación terrestre, incluso los seis indios amazónicos que ahora se habían convertido en sus más fieles servidores. El grueso del grupo lo componían treinta peludos hombres hercúleos de Minos, y su objetivo era el edificio que servía de alojamiento y retén a los guardianes, marcianos. Anteriores exploraciones les enseñaron que durante la noche sólo habían un par de centinelas vigilando las excavaciones; no había trampas para provocar la alarma y tan sólo desde la edificación podía oponérseles resistencia, ya que estaba emplazada de forma que cerraba como una barrera

natural la única salida de los barracones y la zona de trabajo. Los tres lados restantes se hundían bajo las paredes verticales de las montañas, obstáculo infranqueable de salvar, y en la parte opuesta sólo estaban las cavernas que los esclavos cavaron con sus herramientas para proseguir la extracción del mineral.

Veintidós horas de oscuridad era el plazo que Murdock había pedido a sus compañeros para realizar todos los objetivos. En ese tiempo era necesario conquistar lo que necesitaban para huir, ya que la luz del día revelaría sus posiciones alos marcianos y desde el aire les barrería la espada de Damocles de aquella esfera, vigilante perenne que encerraba poderosos medios defensivos. Y decididos a aprovechar su ventaja, el grupo de vanguardia se deslizó fuera de los barracones arrastrándose sobre la tierra amarillenta que despedía suave brillo e intentando pasar desapercibidos a los ojos de los posibles guardianes.

Distinguieron la masa alargada y negra del cuerpo de guardia y al girar a la derecha se inmovilizaron al percibir el brillo de luz que asomaba por una de las ventanas enrejadas. Un rumor de pasos señaló el recorrido de una patrulla y al reflejo que se escapaba de la edificación adivinaron a cuatro marcianos que se alejaban en dirección de los barracones. Aquello podía significar una inspección imprevista de sus alojamientos y la consiguiente alarma que acarrearía el fracaso de sus planes, y por ello Murdock dio con el codo a LesterDoc que estaba tendido a su lado, señalándole los soldados que ahora desaparecían en la oscuridad.

El muchacho asintió con un apretón de manos, y tocando en el hombro a Jimmy y a los seis amazónicos que rechinaban los dientes de excitación, retrocedió presuroso, se incorporó luego y se lanzó a la carrera hacia los barracones dispuesto a cortarles el paso. En su interior estaba reviviendo las experiencias bélicas de la guerra en el Pacífico; la situación era muy semejante a aquella en que necesitó valerse de todas su fuerzas para escapar al acoso de los japoneses que le derribaron sobre Bougainville con su B-36, y el recuerdo de Willy Rochester, que en aquella ocasión le acompañaba y ahora había desaparecido por efecto de las armas enemigas, despertó en él una sensación de odio mortal, de revancha despiadada y de lucha a muerte que precipitó los acontecimientos de forma favorable.

Se arrojaron al suelo al escuchar una voz gutural. Cuatro sombras avanzaron confiadamente hacia ellos y, de improviso, alzándose de la superficie, materializándose en el aire, surgiendo

al parecerde todos los sitios imaginables, los indios amazónicos se abalanzaron sobre los soldados marcianos derrumbándoles bajo el impacto de su salto. Lester y Jimmy no se anduvieron remisos en el ataque y se mezclaron con el confuso montón del que salían los gruñidos, respiraciones agitadas, voces ahogadas por la presión de manos poderosas y chasquidos de huesos, quebrados por aquellos escurridizos demonios que tenían su origen en la cuenca amazónica terrestre. Todo terminó súbitamente cuando Tiddim masculló una exclamación sintiendo bajo sus manos el contacto de un líquido viscoso y frío.

—No puedo ver su color —murmuró—, pero indudablemente es sangre marciana.

Seis sombras retorcidas permanecieron sobre la tierra cuando los demás se alzaron; cuatro correspondían a los vigilantes marcianos y las otras dos a otros tantos amazónicos que ofrendaban las primeras vidas en aras de la libertad que tanto ansiaban. Los supervivientes arrancaron presurosos las armas de las manos crispadas, de los cintos metálicos y de las espaldas hundidas. Regresaron hacia donde les esperaban Murdock y sus peludos guerreros portando cuatro fusiles desintegradores, cuatro pistolas atómicas y cuatro restallantes látigos eléctricos, que pensaban experimentar sobre la carne enemiga para recordarles los trallazos dolorosos sufridos por los esclavos.

—Adelante —ordenó Murdock cuando las armas se repartieron entre los asaltantes.

Su primer objetivo —el cuerpo de guardia— fue alcanzado sin despertar la alarma. El grupo se desperdigó en torno a sus paredes buscando una abertura por donde entrar, pero las ventanas enrejadas les convencieron de que tan sólo por la puerta podrían hacerlo. La luz continuaba brillando allá dentro como una centinela a quien no lograrían sorprender, y Murdock procuró tomar sus medidas al efecto.

—Jimmy—bisbiseó—, toma dos hombres armados y encárgate de la ventana del lado derecho. Tú, Lester, haz lo mismo con los de la parte trasera. Vamos a intentar la entrada por la puerta mediante una descarga de los fusiles desintegradores, pero como indudablemente hay ahí dentro medios de comunicación con la zona de hornos y con el convoy aéreo recientemente llegado, evitaremos que den la alarma si actuamos con rapidez. Yo esperaré aquí con el resto de los hombres y permaneceré inactivo hasta que comprenda que ocupáis los puestos asignados. La señal para actuar será el sonido

de nuestras armas derribando la puerta; para entonces deben estar cubiertas las ventanas e inmediatamente abriréis fuego a través de ellas, especialmente contra todo lo que os parezca un aparato transmisor o una pantalla televisora. Destrozadlo todo, muchachos; de los que queden vivos nos encargaremos nosotros al entrar.

—De acuerdo, jefe —repuso alegremente Jimmy. Voy a prepararte un buen recibimiento.

LesterDoc asintió igualmente y se retiró por el lado opuesto en unión de los dos que debían acompañarle. El armamento del grueso quedó reducido a dos fusiles desintegradores —Murdock y el teniente Alves—, dos pistolas atómicas —Mortimer y un indígena de Minos—, dos látigos eléctricos en poder de otros tantos indios amazónicos. El resto de las armas se distribuía por partes iguales entrelas dos patrullas destacadas, para colaborar en elataque.

El tiempo pasó despacio y cuando todos se sintieron incapaces de contener los nervios, retrocedieron sin ruido hasta una distancia prudencial de la puerta y mientras los demás se arrojaban al suelo, Murdock y Alves, rodilla en tierra, enfilaron sus fusiles hacia el edificio.

—¡Fuego!

Sus dedos oprimieron los sencillos disparadores de las armas. El doble trallazo repercutió sonoro entre el silencio, y las líneas ígneas de los fusiles siluetearon de rojo el dintel de la puerta, que semejó derretirse a ojos vistas. Un clamor de júbilo salió a espaldas de los tiradores, que casi se vieron arrollados por el alud incontenible de los cuerpos que se precipitaban hacia la abertura; quizás aquello salvó sus vidas, porque instantes después aparecía un soldado ante la abertura disparando contra la turba que avanzaba; su fuego se cruzó con el de Murdock y Alves, que metieron sendos rayos de fuego por el callejón que abriera en la carne humana la descarga del marciano y que ahora fuera aniquilado por su propio poderío. No hubo más obstáculos; desde ambos lados del edificio llegaban los trallazos secos de los fusiles de Jimmy y de Lester barriendo las habitaciones desde las ventanas, y Mortimer no encontró a nadie para enviarles con la orden de alto el fuego. Todos habían desaparecido en el interior del cuerpo de guardia del que salían ahora voces excitadas, clamores de triunfo y gemidos de angustia mezclados con el fulgor rojizo de los disparos.

El fulminante ataque cesó instantes después, ysin que el

grupo de terrestres fuera capaz de evitarlo, los hombres de Minos cometieron los primeros actos de crueldad y atavismo de que el australiano intentara prevenirles. Dos soldados marcianos, probablemente los únicos supervivientes de la matanza, salieron a la explanada con paso tambaleante rodeados por unos cuantos esclavos que no se separaron de ellos hasta verles rodar con las últimas convulsiones. Les habían colocado en la garganta los aros metálicos que durante tanto tiempo llevaron ellos y les dejaron morir estrangulados sin que nadie pudiera evitarlo, dado que entre los aparatos destruidos estaba también el control de ondas que anulaba los efectos de la electricidad estática.

—Avisad a los demás —dijo Murdock estremeciéndose ante el espectáculo que contemplara—. No acabo de convencerme de que no hemos dado la alarma y será mejor que nos apresuremos para llegar junto a las aeronaves antes de que sea demasiado tarde.

CAPITULO VIII

LA LUCHA FINAL

UNA impresionante vanguardia compuesta porcasi tres mil hombres de distintas nacionalidades, había emprendido la marcha desde la zona de excavaciones para dirigirse hacia los hornos atómicos y la explanada donde descendieran las aeronaves que pensaban conquistar. La distancia de cincuenta kilómetros no era obstáculo para la ardorosa fiebre que todos sentían, y el triunfo inicial obtenido acicateaba sus ánimos haciéndoles considerar como despreciable aquella distancia que tenía que ser recorrida a pie. El plan inicial consistía en trasladarse allí utilizando las vagonetas aéreas que les habrían resuelto el asunto en un plazo ridículamente inferior, pero una vez conquistado el cuerpo de guardia se dieron cuenta de que tal cosa era imposible, dado que el control de mando de las comunicaciones y transporte por vagonetas estaba situado con toda seguridad en los edificios que circundaban a los hornos atómicos.

El plan de Murdock estaba al borde del fracasoante este obstáculo imprevisto, y fue Mortimer quien sugirió la conveniencia de caminar hasta el nuevo objetivo. Quedaban aún casi veinte horas de oscuridad y a una media de cuatro kilómetros por hora, fácilmente alcanzables y aún superables sobre la cuidada carretera que unía ambos puntos, alcanzarían los hornos atómicos al despuntar el nuevo día, confiando en que su presencia inesperada sorprendería lo suficiente a la guarnición como para impedirles una reacción violenta. Se aceptó el nuevo plan después de someterlo a los recién liberados esclavos, y se dispuso que tres mil de ellos emprenderían la marcha sin dilaciones, que esa vanguardia atacaría inmediatamente y que un grupo de ellos intentaría apoderarse del mando de las vagonetas con el fin de que los dos mil restantes, utilizándolas como medio de transporte, cayeran sobre los marcianos como un efectivo refuerzo en medio de la lucha.

Así pues, repartiéndose las armas conquistadas en el cuerpo de guardia, animándose mutuamente en la marcha y procurando superarse en el horario del recorrido, la apretada columna de

hombres, con el grupo de terrestres al frente, avanzó sobre la carretera que serpenteaba entre la llanura y las elevaciones cercanas para extenderse después en línea recta hacia el confín del horizonte en donde podía verse, una vez transpuestas las alturas, el resplandor rojizo de los hornos atómicos brillando como un faro en medio del mar. Ninguna luz podía resultarles mejor guía que aquélla y allí se dirigían todos enarbolando unos las herramientas, blandiendo los demás sus armas y adelantando rápidos como impacientes por iniciar la lucha final.

En su rotación completa, Tarjas retiró el obstáculo de las montañas que se interponían entre la noche y la brillante masa celeste que suplía al sol. El nuevo día nació bruscamente, sin aurora o crepúsculo matutino que lo preludiara, y la luz que reverberaba cegadoramente sobre la amarillenta superficie del planeta mostró a los esclavos la cercana presencia de las aeronaves alineadas simétricamente sobre la llanura. Sobre el flanco izquierdo de la vanguardia, a quinientos metros de distancia, se alzaban los edificios gigantescos de los hornos amparando a otros más pequeños que servían de alojamiento a la guarnición, de puesto de mando a los jefes o encerraban los controles de los distintos mecanismos de la factoría. En el centro, delante mismo de las aeronaves estaba la torre terminal de la línea aérea de vagonetas, la tolva en donde aquéllas vertían el mineral mediante volteos automáticos de descarga, y las correas sin fin que llevaban el polvo hasta los seleccionadores electrónicos antes de ser conducido a los hornos. La parte derecha estaba surcada por una serie de elevaciones suaves, a modo de escalera natural que marcaba el camino hacia las montañas...

Tal era el campo de batalla que se ofrecía a los ojos ávidos de los atacantes. En el mismo instante en que los primeros de ellos se soterraban en el polvo casi a la vista del objetivo, sonaban unas sirenas que, contra lo que en principio creyera Murdock, marcaban la iniciación de la nueva jornada de trabajo. Tal aserto quedó probado cuando instantes después comenzaron a deslizarse las vagonetas sobre los cables, pero también almismo tiempo semejó escucharse el grito de alarma de la sorprendida guarnición; las vagonetas se detuvieron instantáneamente y por todas partes se vio correr a los soldados marcianos reflejando la luz sobre sus uniformes metálicos. Sonaron entonces las primeras detonaciones de las pistolas atómicas de los asaltantes enviando sus mortíferos balines contra todo lo que se movía delante de

ellos y luego, en una carga gigantesca y descabellada, las filas de hombres abandonaron su refugio y galoparon entre clamores estentóreos hacia las posiciones del enemigo que respondía con los trallazos secos de sus armas desintegradores.

Desde el lado marciano debió parecerles imponente aquella avalancha impetuosa que se desplomaba sobre ellos; los quinientos metros de distancia que mediaban entre ambos grupos contendientes fueron salvados a la carrera, sin que importaran los terribles surcos que las armas abrían entre las apretadas masas de hombres. Un grito salvaje y unánime subía hasta lo alto escuchándose de mulares de gargantas, mientras los cuerpos cruzaban rápidos las nubes de polvo amarillo y de humo blanquecino.

Murdock se vio separado de los suyos en la avalancha y corrió hacia la torre terminal de las vagonetas llevándose detrás un grupo numeroso, entre el cual distinguió después el grueso corpachón de Jimmy que avanzaba dando gritos mientras blandía su fusil desintegrador.

—¡Deprisa... a la torre! —gritó Murdock ayudándose con gestos para que le comprendieran.

En el flanco izquierdo, lado de los hornos atómicos, estaba ocurriendo entonces lo que más tardese consideraría la hecatombe más grande de la batalla. La guarnición marciana, no muy numerosa, ya que a lo sumo constaría de doscientos soldados incluyendo al personal llegado en las aeronaves, había emplazado un arma mortífera —versión futura de las ametralladoras— que estaba vomitando rosarios de balines atómicos contra la aullante masa que se acercaba allí. Centenares de cuerpos despedazados alfombraban el suelo; nubes de humo espeso y negro se alzaban hacia lo alto y los fogonazos cegadores de los disparos semejaban formar uno sólo.

—¡ Deprisa... deprisa...! —apremió Murdock con impaciencia.

Desde la torre dispararon contra ellos. Había dos soldados allá arriba, parapetados en la plataforma superior y dominando el campo desde la altura. Los balines atómicos hicieron carne entre los que se rezagaron o no anduvieron listos para ponerse a resguardo bajo la estructura metálica, y la respuesta de los cinco fusiles y pistolas de los esclavos convirtió en polvo espeso la tolva seleccionadora y los engranajes de las bandas sin fin. Se inició la ascensión por las escalerillas de hierro adosadas a los pies de la torre; algunos se desprendían desde la altura, alcanzados por un rayo desintegrador, y era fantástico y

horripilante a un tiempo el contemplar cómo el cuerpo iniciaba el desplome pero no llegaba a terminarlo, siendo tan sólo una nubecilla blanca el signo final de su existencia.

La principal preocupación de Murdock eran las esferas que continuaban inmóviles sobre el polvo; indudablemente había en ellas vigilantes armados,pero por sí solos eran incapaces de ponerlas en movimiento y elevarlas con probabilidades de éxito. Tan sólo cuando una estremecedora explosión marcó el fin de la ametralladora atómica marciana, cuando un clamor de victoria denunció la conquista de la primera edificación, apareció en el espacio el punto brillante de la aeronave de vigilancia perenne que acudía como respuesta a la petición de auxilio que se le hiciera por radio. Su presencia no logró enfriar el entusiasmo, ni siquiera cuando de ella brotó un rayo cegador que levantó en el suelo remolinos de polvo candente entre el cual desaparecieron abrasados docenas de cuerpos. Segura de su poder, la esfera evolucionaba a baja altura, pero en su tiro se advertía cierta vacilación e inseguridad, motivado de una parte por su terrible velocidad que le impedía asegurar los blancos desde trescientos metros de altura, y por otra, al terrible revoltijo que presentaban los contendientes hasta el punto de no saberse dónde terminaban los esclavos y comenzaban los marcianos.

La presencia de la aeronave resultó fatal también para los dos soldados que guarnecían la torre de vagonetas. Uno de ellos se descuidó demasiado en protegerse, y un hombre de Minos lo pulverizó con un certero trallazo de su fusil. El otro retrocedió sobre la plataforma cuando ya los asaltantes llegaban alborde de ella y sobre su espalda se abalanzó un indio amazónico provisto del terrible látigo eléctrico que indudablemente tuvo ocasión de experimentar durante su tiempo de esclavitud.: De su extremo metálico se levantaron chispas azuladas cuando entró en contacto con el uniforme marciano. Gritos de dolor y de rabia se escaparonde la boca del soldado, incapaz de protegerse contra el temible azote que el amazónico manejaba con habilidad insospechada y por fin, cuando en su rostro se marcaban las señales cárdenas de las quemaduras, cuando su traje se despedazaba ya bajo los azotes, le vieron vacilar y perder pie, abrir los brazos buscando instintivamente un asidero, y desplomarse en el abismo desde el borde de la plataforma con un alarido de angustia que el fragor de la batalla engulló prontamente.

Dueños de la torre, les resultó fácil conectar los mecanismos

que ponían en movimiento las vagonetas y aquéllas comenzaron a deslizarse sobre los cables. Había una vagoneta cada quince metros de distancia y la privación de energía que las detenía durante la noche hizo que ai restablecerse ahora, las primeras de ellas que llegaban llenas desde las excavaciones volcaran en el vacío la tierra radioactiva que las llenaba. Desaparecidos tolva y cadenas sin fin, el polvo formó una cascada amarilla desde la plataforma hasta el suelo; la enorme nube, incrementada con las descargas de las vagonetas que continuaban llegando, se alzó hacia lo alto dando la impresión de estallido de una descomunal carga explosiva, y por un azar del destino la realidad se unió a la ficción cuando deflagró con estruendo uno de los edificios anejos a los hornos levantando una nueva polvareda.

Hubo instantes en que se detuvieron las vagonetas cuando desde la esfera conectaron los rayos paralizadores, pero cada vez que la aeronave quedaba envuelta por la nube de polvo, como si aquello fuese una coraza protectora, las vagonetas reanudaban la marcha, vaciaban en el abismo su cargay regresaban hacia las excavaciones. Murdock esperaba impaciente la aparición del primer vehículo cargado de gente para detenerlo sobre la plataforma antes de forzarlos a un trágico salto en el vacío.

—¡ Ya vienen, Murdock! —aulló Jimmy radiante de júbilo—. ¡Ya vienen los refuerzos!

* * *

Desde el lado izquierdo de la línea de combate, Mario Alves, Mortimer y LesterDoc lucharon codo con codo intentando profundizar en dirección a los edificios cercanos a los hornos, lugar desde donde se ofrecía la mayor resistencia. Bien parapetados, los defensores marcianos les hacían un terrible fuego que poco a poco iba dejando sentir sus efectos. El colofón de la defensa lo constituyó el emplazamiento de aquella ametralladora atómica que sembró de restos humanos y cuerpos retorcidos el acceso a los edificios. Fue Mortimer quien, en acrobático salto, alcanzó una posición abandonada tendiéndose en ella mientras sobre él silbaban siniestramente los proyectiles y desde allí, a muy poca distancia, disparó su pistola contra la terrible arma, alcanzándola y haciéndola volar en pedazos. Fue Mortimer también el primero en entrar en el edificio de mando, abriéndose paso entre los últimos defensores y encabezando la turba de asaltantes que momentos más tarde lo ocupaba. Jadeante por el esfuerzo, ansioso por terminar de una vez

aquella matanza terrible, se encaró con sus compañeros para gritarles:

—Si no conseguimos apoderarnos de esa esfera,la victoria se nos escapará de las manos.

Era el momento en que comenzaban a levantarsedel suelo los remolinos de polvo ardiente como resultado del rayo cegador que brotaba do ella, cuando comenzaban a moverse las vagonetas denunciando la conquista de la torre terminal.

—Creo que lo vamos a conseguir, Mortimer —le contestó Lester.

Mario Alves se acercaba acompañando a un grupo numeroso que arrastraba con violencia el cuerpo fláccido de un marciano de brillante uniforme. Todos le conocían muy bien; era el jefe supremo de la guarnición y a él se le achacaban las crueldades y tropelías que sus soldados cometían con los esclavos, en las ocasiones ventajosas para ellos en que las víctimas no podían defenderse; era el personaje más odiado de todos cuantos pisaban la superficie de Tarjas y que en los últimos momentos de la batalla no supo comportarse como un auténtico soldado, prefiriendo ocultarse para escapar a las iras vengativas de los sometidos de la víspera. Pero sus esfuerzos resultaron vanos y ahora estaba en poder de sus víctimas, descompuesto, aterrorizado, dispuesto a consentir en cuanto le pidieran, presto a obedecer y a ser útil a cambio de la vida. Mortimer se encaró con él hablándole en aquella jerga incomprensible y escuchó la respuesta del marciano.

—Dice que sus oficiales pidieron auxilio a Marte y que en estos momentos una flota de castigo se acerca a Tarjas. Sin embargo, afirma que la distancia entre ambos planetas no es tan pequeña como para ser recorrida rápidamente y que todavía han de pasar tres o cuatro jornadas para que aparezcan en el espacio.

Escucharon ávidos la traducción de Mortimer y Alves apremió:

—Ordénale que comunique con la esfera; quela obligue a alejarse con la excusa de acudir al encuentro de la flota marciana.

La conversación se reanudó y momentos después tenían la respuesta concreta.

—La esfera no puede alejarse de Tarjas; es un vehículo aéreo destinado exclusivamente a la vigilancia y carece de propulsores propios. Pero puede anularse su poder cortándole la energía que

recibe desde tierra, desde este mismo edificio —terminó Mortimer con tono triunfal.

—Me temo que nuestro jefe supremo va a cortar esa energía inmediatamente —ironizó Lester—. Pídeselo por favor, Mortimer.

Quizás después de recibir la tajante orden del australiano, el jefe supremo de Tarjas sintió vergüenza de su debilidad y cobardía, tal vez espoleó su ánimo la esperanza de la llegada de la flota de castigo. Lo cierto es que simuló obedecer, se acercóal cuadro de mandos y cuando todos esperaban verle manipular en sus mecanismos, se revolvió rápidamente empuñando una pequeña pistola atómica que indudablemente estuvo escondida entre los instrumentos.

—¡Cuidado, Mortimer! —advirtió Lester aprestando su propia pistola.

Las dos detonaciones se confundieron en una sola, y la bala de Lester destrozó espantosamente el cuerpo del marciano a la par que abría un enorme boquete sobre el panel de instrumentos, muy alto, casi junto al techó. Mortimer lanzó un alarido de angustia y se desplomó rápidamente al suelo apretándose instintivamente el hombro izquierdo… ¡Su brazo entero había desparecido y lasangre brotaba en hemorragia incontenible augurando el próximo final del herido que palidecía por momentos.

—¡Mortimer, muchacho! —gritó Alves precipitándose sobre él.

El moribundo le rechazó con brusquedad mientras exclamaba sordamente:

—¡Idos de aquí… marchaos pronto…! ¡Haré descender esa esfera aunque sea lo último que consiga en esta vida! ¡Fuera, salid rápidos si no queréis volar conmigo! La victoria exige sangre y nuestro triunfo quedará sellado con la mía. ¡Marchaos deprisa he dicho!…

Le obedecieron en silencio. Nada podía hacerse por él y aun en el caso improbable que sobreviviera a la terrible mutilación, quedaba condenado a la muerte lenta de la radioactividad. Había lágrimas en los ojos de Lester y Alves cuando se despidieron del valiente australiano.

Tras ellos se levantó el impresionante estruendo de una explosión. La nube de polvo, cascotes y tierra pareció encontrar eco en la polvareda que envolvía a la torre de vagonetas y ambas

columnas se alzaron al cielo azulino como homenaje a la memoria de Thomas Mortimer, el buscador de oro australiano, el esclavode Tarjas que hallara la muerte luchando por la victoria. Desde entonces todo pareció precipitarse de un modo aterrador.

Las vagonetas se detenían y otra vez reanudaban la marcha. Los giros veloces de aquella esfera que desde el aire constituía el mayor peligro para los sublevados fueron haciéndose más lentos, disminuyó la altura de su vuelo, cesaron los disparos de las armas de a bordo y, por último, tras detenerseunos segundos en su lenta carrera, la aeronave se hundió verticalmente silbando siniestramente al cruzar las capas del aire. Fue como una gigantesca bomba lanzada desde lo alto que reventó contra la superficie de Tarjas lanzando sus pedazos en todas direcciones. Su postrer estallido y el mismo fulgor de las llamas que calentaban ahora sus restos, semejó desaparecer entre las aclamaciones y los gritos, entre los aullidos salvajes de nuevas oleadas de hombres que descendían de las vagonetas desperdigándose sobre el campo de batalla buscando enemigos en quien saciar su fiebre de combate.

Los últimos estruendos se acallaron y el silencio descendió sobre la superficie del planeta amarillo. Cinco figuras insignificantes aparecieron entre las aeronaves; eran los supervivientes de la guarnición, los centinelas de la escuadra aérea que se aproximaban para rendirse. Era el final de la lucha, el logro de la libertad, la alegría del triunfo que no lograba empañar el enorme número de muertos en la batalla.

—Fue un valiente, Murdock —estaba diciendo Mario Alves al relatar la muerte de Mortimer—. Gracias a él podemos contar con todo esto y sólo siento que ni siquiera podamos devolver sus restos al desierto australiano que fue su vida.

—Si alguna vez la planta humana se posa en este planeta —aseguró George—, si por azares del destino un ser viviente se asienta sobre estas tierras, conocerá la existencia de un valiente y se sentirá orgulloso de saber que lo que antaño se llamara Tarjas se conocerá en el futuro con el nombre de «Planeta Thomas Mortimer».

* * *

Otra vez surcaban el espacio aquellas brillantes esferas. Sin perder su formación iban alejándose velozmente del planeta amarillo, de aquel infernal paraje que era la tumba de muchos de sus forzosos pobladores. Pilotadas por los liberados, distribuidos

entre ellas los tres mil trescientos cincuenta y dos supervivientes, avanzaban raudas rumbo a los respectivos puntos de origen de aquellas razas heterogéneas y dispares. Unas irían aMinos llevando la buena nueva de la derrota marciana; otras a Noidim para romper el mito de invencibles que ostentaran los marcianos hasta entonces; éstas llegarían a Kronabak, a Syrtis, Thyle, Celena, Taygeta.., y sólo una de ellas, después de repatriar a los extraños, regresaría hacia la Tierra conduciendo una tripulación que se regocijaba de antemano con la fantástica sorpresa que iban a despertar y la alucinante historia que llevaban preparada para relatar a sus coterráneos.

—A buen seguro que nos tomarán por locos —decía Jimmy— y acabamos nuestros días en un buen manicomio.

—Ya verás como no, amigo —contestaba LesterDoc—. Cuando emprendimos la ruta de Marte hablaste de los millones que pensabas ganar con la exclusiva de los periódicos; pues bien, ahora se te presenta la ocasión más favorable, ya que puedes presentar como prueba la misma aeronave que nos conduce.

—Y a cada visitante le cobraremos cinco dólares —agregó riendo Mario Alves—. Aún a ese precio resulta barata la entrada. Luego podemos organizar una especie de feria que llevará la aeronave por toda América, terminando el viaje en el Brasil. Os aseguro que el cruceiro es una moneda atractiva y saneada. Jimmy será el empresario.

—¿Yo empresario? —se extrañó el mecánico—. No tendré tiempo, muchachos, y me daréis la razón cuando os cuente lo que pienso hacer en la Tierra, primero ordenaré que me sirvan una buena comida... ¡comida! y no estas píldoras que me tienen harto. Luego acabaré con todos los cigarrillos que encuentre a mi alcance, saquearé algún almacén... ya veremos; me llenaré una bañera de buen «whisky»... y apuesto a que me la bebo. ¡Muchachos, qué vida! —exclamó gozoso, saboreándola de antemano—. Y por último —agregó guiñándoles picaresco un ojo —, por último entablaré relaciones con la, primera rubia que encuentre y la convenceré para que me lleve a bailar. ¡Palabra que lo haré... y al diablo los dólares, las entrevistas periodísticas y las visitas a la esfera! Os cedo el negocio desde ahora.

—De ningún modo, Jimmy —contestó Alves—.Nos has descrito un plan tan soberbio que nos tendrás a tu lado para disfrutarlo contigo.

—Os acepto, con una condición —repuso el mecánico cómicamente—, y es que a quien pille piropeando a mi rubia...

¡le parto la cara!

Escuchando las carcajadas alegres de sus hombres, contemplando el fantástico espectáculo de aquellas aeronaves surcando las alturas insondables del espacio, George Murdoek, desde el puesto de mando en donde recibía las instrucciones necesarias para el ulterior manejo de la esfera, estaba pensando que podía ser cierta la existencia de rencillas, de odios de raza y de antagonismos atávicos entre los distintos seres que poblaban el Universo; pero que en aquellos momentos, cuando la formación se rompía y las esferas alteraban el rumbo, mientras a través de los transmisores de radio llegaban los mensajes de despedida de sus tripulantes, en aquellos momentos se decía Murdock que valía la pena haber luchado para conseguirlo todo.

Hasta el resquemor que la presencia de aeronaves marcianas sobre la Tierra le producía, como un anuncio de invasión futura, se disipaba al considerar que no temieron lanzarse a la lucha contra un enemigo potentemente armado y que la fe ciega en el triunfo les dio la victoria.

—Hemos conseguido la paz a fuerza de batallar por ella y somos libres después de una victoria que ha costado mucha sangre —murmuró en voz baja.

Había algo de profético en aquellas palabras de Murdock y su frase podía aplicarse al destino de la Tierra, amenazada en ciernes por el peligro marciano. Tal vez el futuro del planeta rey llegara a cambiar a tenor de las experiencias recibidas por aquel minúsculo grupo que un día emprendiera la ruta de Marte.

—Si nos unimos todos habremos logrado la mayor victoria —añadió.

Escapando a las últimas reverberaciones del sol de Tarjas, la aeronave se hundió en la noche sideral buscando la ruta de la Tierra. En los postreros rayos de luz semejó quedar escrito el pensamiento de George Murdock quien, desde aquellas alturas que le acercaban a Dios, acababa de musitar una plegaria en favor de la paz y la felicidad que todos ansiaban alcanzar después de sus duras jornadas de lucha.

Y rio alegre con sus hombres cuando Jimmy preguntó falsamente enojado:

—¡Cien millones de bujías! ¿Qué velocidad detortuga tiene este trasto que todavía no se divisa la Tierra?

FIN

INDICE

Novela

Novela

¡La Tierra en peligro por obra de seres desconocidos!

Científicos, representantes del Ejército, la Aviación y la Armada, especialistas eficientes forman el grupo encargado de tripular la aeronave planeada por el genio de un joven ingeniero Ellos se constituyen en la

EXPEDICION AL ETER

que habría de descubrir el peligro que se cernía sobre la Tierra.

EXPEDICION AL ETER

la nueva novela del fecundo autor LARRY WINTERS, viene a introducirnos en el espacio convirtiéndonos en los protagonistas de una serie de aventuras fantásticas e inolvidables.

EXPEDICION AL ETER

es la obra de LARRY WINTERS que en su próximo número les ofrecerá la

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 5 pesetas

Notas

[←1]

() Es tan densa la espesura amazónica, que el hombre que se aleja una docena de metros de cualquier sendero corre el peligro de no volver a encontrarlo jamás. (N. del A.)

[←2]

() La anaconda es la serpiente boa del Amazonas